GLOSA APASIONADA

Con fina, pulcra y agradable traza, si bien callada y pudorosamente, ha hecho su aparición días pasados un libro de brioso y alto vuelo que «Burgos: tierra y hombres» se titula. Es su autor Rafael Núñez Rosáenz, el dilecto poeta, cuyo nombre, fama, prestigio y lauros atesora. Está el libro compuesto de una serie de apuntaciones, cuadros y semblanzas, sobre cosas y gente de la vida burgalesa, sacados con certera visión de literato y de psicólogo. Una común idea los envuelve y un cordial pensamiento les da forma y así resulta un magistral acopio de indiscutible validez poemática. Poemas son, poemas verdaderos, estos apuntes, cuadros y semblanzas del presente vivir o la memoria de nuestro Burgos, tan antiguo y nuevo. No nos asuste adjudicar a todos el honroso dictado de poemas, ni importe que el lenguaje de la prosa al verso sobrepuje en el conjunto de los que al libro dan vital aliento, pues nadie duda ya, si dudó antes, que no posee el verso en exclusiva de la emoción poética el resorte, ya que la prosa, con su ritmo propio, expresarla consigue, dignamente también, cuando se sabe manejarla. Pero no lo dudemos, estas líricas páginas que el poeta nos ofrece, en prosa escritas aunque no prosaicas, prendas seguras son de nuestro encanto, que a lo largo del libro se mantiene lo mismo si la prosa es la que priva o si manda la música del verso.

En tres partes el libro se organiza, estando la primera dedicada, cual su epígrafe de «hombres» nos anuncia, a la presentación de una veintena de figuras o tipos burgaleses, que allí se muestran con su propio nombre o a la sombra de una palabra clave que la entidad humana sintetiza de la persona o cosa a quien encubre. (Porque también las cosas se humanizan, como la Catedral, que aquí aparece de «reina» bajo el título investida). ¡Oh Catedral insigne y celebrada, que pasma al Mundo e inspira a los poetas! Como éste que hoy, perfecto enamorado, con sutiles razones la requiebra y con su recia voz sugeridora la general admiración resume. La vieja calle medieval en lo alto con sus evocaciones y nostalgias, rota, mordida por la

acción unánime del olvido, la inercia, el abandono; sin embargo, orgullosa de saberse tan cargada de historia y de nobleza. Y allá, lejano, solo y eminente, entre la espesa y verde fronda erguido, el cartujano Monasterio esconde su milagro de paz y de silencio. Hallamos asimismo una atractiva exposición de interesantes tipos humanos, cada cual con su estupenda estampa sabiamente recreada. Simpatía y humor, gracia y ternura, son colores que dan a estos retratos una consagración definitiva de idealidad y al par de realismo. De esos humanos seres, enraizados en el alma profunda de este Burgos que aquí el poeta con hondura canta, unos ya sólo en el recuerdo viven; otros aún andan por ahí soñando.

El siguiente capítulo del libro, como título lleva el de «Homenajes». Aquí ya el verso su función ejerce y brotan frescos, puros, luminosos, tal que el agua de fuente cristalina, el soneto rotundo, lapidario, el castizo romance, el verso libre, que no es tan libre como creen algunos, puesto que lo regula la imperiosa ley suprema del ritmo y del acento. Esta faceta de la poesía fue en toda lengua y todo tiempo un rito al que amor, amistad o simpatía, o simplemente admiración sincera, dieron origen y cultivo ubérrimo. Nuestro poeta de hoy nunca reacio se mostró a practicar en ese rito. Y éste es el resultado: honradamente, con sencilla franqueza y decorosa discreción iba paso a paso dando a sus veraces modos rienda suelta. Y a él, exacta imagen con la pluma de la ponderación y la elegancia, por demás generoso, amable siempre, echando a galopar la fantasía, una vez sola se le fue la mano; mas no he de ser yo ahora quien se queje.

El libro va acabándose. El poeta vuelve los ojos, alza la mirada y ávido de paisajes y horizontes la ciudadana linde sobrepasa. Avanza tierra adentro. Ya su espíritu en éxtasis gozoso se recrea y se sume en la luz maravillosa de los cielos, las cumbres, las llanuras; de los ríos, los valles; las praderas; los nemorosos campos, los caminos, los pueblos y la vida de sus hombres. Tres robustos y clásicos romances describen todo esto y, sublimándolo, configura su cántico el poeta.

En resumen, amigos: recibamos con el cálido aplauso que merece la aparición de este precioso libro que el dilecto poeta Núñez Rosáenz de publicar acaba hace unos días. Para él han sido mis divagaciones. Sean para él vuestra atención y júbilo.

Julián LIZONDO GASCUEÑA

BIBLIOGRAFIA

CANTERA BURGOS, FRANCISCO y CARRETE PARRONDO, FRANCISCO. --- «Las juderías medievales en la provincia de Guadalajara». (Separata de «Sefarad»).

Tan amable como inmerecidamente dedicados, nos brinda el querido amigo, paisano y compañero de Academia, Doctor don Francisco Cantera Burgos, los últimos —hasta ahora—, frutos de su portentosa erudición y dominio del tema pertinente al conocimiento de la historia de los judíos medievales en España. Patrocinada por el Instituto Arias Montano y con la eficaz colaboración de don Carlos Carrete Parrondo, persona igualmente de reconocido nombre en estas nobles lides del espíritu, publica como separata de «Sefarad» un interesantísimo y bien cimentado estudio titulado «Las juderías medievales en la provincia de Guadalajara» (primera y segunda parte). Ambas separatas comprenden, la una continuación de la otra, la descripción y estudio, siempre detallado y a las veces exhaustivo de hasta una cuarentena de asentamientos hebreos, definiendo a la tal provincia de Guadalajara como uno de los principales focos judíos del centro de la Península Hispánica. No llega a la cuarentena el número de lugares y villas a que el estudio que comentamos abarca, limitando este número al de treinta el cual número abarca la descripción de la judería perteneciente a Zorita de los Canes, pueblo dormido en el medievo, con grandioso castillo, pero un «se continuará» colocado a continuación del final del texto, indica claramente que sus ilustres artífices no dieron, aún, el finiquito a su docta tarea de estudiar documentadamente la totalidad de juderías ubicadas en territorio geográfico de Guadalajara. Como el estudio detenido de esta nueva obra alargaría nuestra labor exagerada-

mente, aspiramos tan sólo a dar a la publicidad la aparición de este meticuloso estudio en el que como antes dijimos se describen con merecido detalle histórico e informativo y se barajan multitud de nombres de personas y pueblos que se completan y adveran con la cita de hasta 235 notas o apostillas en las que van insertas centenares de nombres de autores y de pueblos y villas que a esta provincia hacen referencia.

Las 30 villas y lugares estudiados en la separata que estamos comentando, son, citadas por el orden que en el texto se estudian, las siguientes:

1.ª Alcocer, Aldeaseca, Almoguera, Almonacid de Zorita, Atienza, Baides, Brihuega, Cabanillas del Campo, Cifuentes, Cogolludo, Hita, Hueva, Humanes, Iriepal, Jadraque, Loranca de Tajuña, Lupiana, Marchamalo, Molina de Aragón, Mondéjar, Pareja, Pastrana, Sacedón, Sigüenza, de la cual judería realizan un completísimo estudio, dedicándola 27 páginas, Tamajón, Tendilla, Torija, Trijueque, Uceda y, como final, Zorita de los Canes.

Naturalmente que el espacio dedicado al estudio de las 30 juderías que han sido citadas, es adecuado a la importancia que en su existir real alcanzó la población descrita, pero en todos queda clara y documentalmente demostrado, el lugar de emplazamiento de las respectivas juderías, aceptando, en unos casos, y refutando en otros, los asertos y opiniones de autores anteriores, todo ello con razonamiento sólido y pertinente.

En la obra que estamos comentando, nuestro ilustre paisano doctor Cantera Burgos, aparece, una vez más, como historiador tan ameno en la forma como documentado y bien pertrechado de argumentos en el fondo, demostrando además en todo momento su maestría indiscutible en el apasionante estudio de la historia de los judíos españoles en el amplio correr de los siglos, inciertos siempre, del remoto medievo.

En suma, una obra más del ilustre maestro, quien impasible al paso de los años, labora de manera a la vez amena y convincente en la ardua tarea de enseñarnos cómo vivieron, laboraron, amaron y odiaron muchas generaciones de judíos hispanos. Para él y para su eficiente colaborador el Sr. Carrete Parrondo, cordial y merecida enhorabuena.

I. G. R.

CANTERA BURGOS, FRANCISCO. --- «La ketuba de D. Davidovitch y las ketubbot españolas». (Separata de «Sefarad»).

Acusamos recibo al querido maestro y compañero Doctor Cantera Burgos de esta original y breve separata (10 páginas). La lectura de su título o encabezamiento, constituye ya razón suficiente para justificar la dificultad de emitir un razonado juicio sobre su contenido. En esencia parece ser que estos documentos llamados por los judíos «Ketubbot», integraban a manera de contratos pre-matrimoniales en los cuales el novio certificaba de la realidad de su intención de contraer matrimonio; consignando en su texto las obligaciones asumidas por él, acerca del estado jurídico y social de su futura esposa.

Entre los escasos documentos de esta índole, en el día existentes, cita el Doctor Cantera como principal el que hace referencia al pueblo de Segura de la Orden, en la provincia de Badajoz, la descripción del cual completa con la reproducción fotográfica de la parte del texto llegado hasta nosotros, correspondiente a la época de los Reyes Católicos (1480). El más antiguo se integra según el decir de su ilustre comentarista, por una escritura de compra de una viña, fechada en viernes 23 de diciembre de 1262. En ella aparecen como contrayentes R Isaac ben Samuel y Goig, filla de Abraham ben R. Samuel.

Termina este breve estudio, dándonos la noticia de un «Ketubbot», aparecido recientemente en Valencia.

Por no considerarnos aptos para enjuiciar acertadamente sobre estos tan raros como eruditos documentos, nos limitamos con el laudable fin de contribuir a la divulgación de la existencia de estos curiosos testimonios, a este breve acuse de recibo de la separata que nos fue remitida por el querido maestro y compañero Doctor Cantera Burgos.

I. G. R.

RUIZ PEÑA, JUAN. --- «Nuevos aforismos de Verecundo Abisbal».

El querido amigo y compañero con quien tan íntima amistad nos unió durante su larga estancia por tierras burgalesas, a las que tanto amó y acertó a reflejar maravillosamente, al través de ese hijo de su imaginación a quien llamó Mambru-

no, y por boca del cual supo deleitarnos con la descripción, en parte real y en parte imaginativa de sus andanzas y correrías por los campos de la Ciudad del Caput y de su amplia provincia, pintándonos en estampas tan llenas de verismo en unos casos, como de bellos sueños en otros, los pormenores de una vida que se iba desgranando gota a gota, sutil y dulcemente con pocas amarguras y sin ni aún la menor sospecha de rencor por nada ni por nadie, enristra hoy de nuevo su bella y pulcra pluma para darnos a conocer el nacimiento, sentires, correrías y andanzas de un nuevo personaje creado por su imaginación a quien llama Verecundo Abisbal, fruto logrado de sus años de vida salmantina. La naturaleza salmantina del nuevo personaje, nos la refiere el narrador, diciéndonos cómo nació en Salamanca en la calle de Santa Teresa por más señas. Asimismo nos dice —lográndolo cordial y lisamente—, que aspira a ser el más puntual y verídico historiador de su amado maestro el burgalés Mambruno, enterrado, desde 1961, en el cementerio del monasterio de las Huelgas de Burgos.

La publicación del «diario», que Mambruno escribiera con la pulcra y sencilla ingenuidad de quien redacta pensamientos no para ser leídos, sino sencillamente para dejar huella humana y perenne de un sencillo y recoleto existir, he ahí el tema del asunto de la bella y humana indiscrección de Ruiz Peña, quien faltando —afortunadamente—, al deseo del ya enterrado Mambruno, de quien tan bellas intimidades de su vida burgalesa nos dejara, cuenta —ahora—, por boca de Verecundo Abisbal y en diez bellos cuadros que titularemos estampas, todas henchidas de humanos y bellos pensamientos las principales peripecias hasta ahora celadas al relato.

La primera estampa se integra sinceramente por una exposición de los motivos que le impulsaron a redactar el libro. Está cuajada de bellos cuadros y vividas andanzas que con mano maestra y con fino humorismo va desgranando al través de su texto. Cosa lógica, no es más que el exordio o introducción de las muchas verdades que nos contará luego.

En la estampa segunda, Verecundo después de sincerarse por la publicación de lo que su maestro escribiera no para ser leído, sino más bien recordado por él en días posteriores y añoranzas futuras, Mambruno nos cuenta sus pensamientos y sus intimidades al través de los días de la semana que transcurren desde un lunes azul casi primavera hasta otro lunes color co-

brizo y entreotoño. Los restantes días de la semana a los que acierta a plicas bellos calificativos, le sirven para admirarnos con hondos pensamientos y muy sutiles loas a Castilla que tan hondamente se adentrara en su ser.

En la tercera estampa nos narra Verecundo el fruto espiritual de sus paseos con Mambruno por las ruas burgalesas, algunas bien ahincadas en la perenne historia de los siglos de otrora. Bellas palabras, cuales son poesía, libertad, amor, luz y otras más son motivo bastantes para ser esmaltadas en una bella prosa.

Sigue la cuarta estampa con el relato de los paseos de Mambruno y Verecundo al través de los páramos tan amplios y fresquitos de la vieja ciudad. Los nombres de Cardeña, Villatoro, Fresdelval, afloran al relato, que cambiando después el rumbo de la Historia por la Literatura, nos da sus opiniones y nos alaba cumplida y generosamente el valor y la belleza expresiva de los grandes novelistas hispano - americanos, citando concretamente los nombres de Miguel Angel Asturias, Vargas Llosa, García Márquez, Cortázar, Juan Rufo y otros. De este último sienta la afirmación tajante de ser —a su juicio—, el mejor novelista americano, que poseyó cual ninguno la rara habilidad de saber hacer una única cosa del cuento y la novela. Como impulsado por sus propios recuerdos, Ruiz Peña, por boca de Mambruno, entona un himno de su Jerez natal y por siempre añorado.

En la quinta estampa, abandonando ya los campos burgaleses, Verecundo irrumpe en la España central. Nos habla de Zorita. La contemplación de los ríos y el sombrear amarillo otoñal de los chopos son motivo bastante para que la prosa aquilatada y pulcra de Ruiz Peña, tenga quizá aquí sus más bellos pasajes. Toda la estampa es poesía en prosa.

En la estampa sexta, saltamos bruscamente del campo a la ciudad. Verecundo nos cuenta episodios de su estancia y tertulia en el madrileño café de Gijón tan famoso por sus añejas y culturales peñas. La conversación entre maestro y discípulo, comienza por una loa franca y sin reservas para la poesía, sentando la bella afirmación de que el pájaro de la inmortalidad puede revolotear sobre el velo sutil de unos pocos —si ellos son bellos— versos. Al final de la estampa, Mambruno contestando a su interlocutor entona un nuevo canto a su Burgos querido, que pese al páramo, la nieve, el otoño, los chopos y varias otras

grandezas y sencillos sucedidos a la vez, tan profunda huella labraron en su alma soñadora.

La estampa séptima es un viaje a Veruela, la tierra que Bécquer inmortalizara con su estancia y sus cantos. La narración del viaje imaginario de Verecundo al viejo monasterio, tras amplia caminata, y los recuerdos de su estancia de aquel recinto henchido de recuerdos como el de la celda que Bécquer alquilara por sólo 25 duros en el correr del año y donde redactara sus nunca bien loadas «cartas desde mi celda» dan a esta estampa un subido valor literario y humano.

La estampa octava traslada a Verecundo hasta las fértiles y floridas tierras del Levante español. Desde Madrid, pasando por Aranjuez y por La Mancha, se encuentra el escritor en Torrevieja, a cuyas palmeras al igual que a las de Alicante y Elche, entona un ditirambo pletórico de una felicidad lograda a pleno sol, gozando sus rayos con ansias de alegría en la naturaleza que por los cuatro costados le rodea. Hay en la estampa un bello pensamiento y un recuerdo de la Quinta de Burgos, en el correr de un paseo por la bella alameda; Mambruno reconoce humildemente su falta de capacidad para la crítica, profesión siempre amarga.

En la estampa IX se nos habla del mar como lugar pristino donde nació y se engendró la vida. Nos habla de Santander por donde Castilla se asoma al mar, tierras que en los siglos de otrora integraron las Montañas de Burgos. Asimismo nos habla de Asturias y Levante, sentando la grata afirmación de que a pesar de ser español cien por cien, le gustaría ser un poco ciudadano del mundo, cosa ahora factible merced a la moderna aviación y a la posesión de buena bolsa.

En la X estampa nos hace Ruiz Peña la tan desconsoladora como casi increible confesión de que ésta será la penúltima vez que escriba. No podemos creerlo pues aunque con modestia exagerada nos diga que nunca fue literato y ni siquiera poeta, quien ha sabido decir tan bellas cosas tanto en prosa llana como en verso florido, llevará siempre encerrada hasta en lo más íntimo de su ser, la necesidad imperiosa de escribir. El buen decir y el mejor escribir se alegrarán de que Ruiz Peña no cumpla su palabra.

Y reconocida en esta breve y desautorizada síntesis el bello contenido que se encierra en las páginas de «Nuevos aforismos de Verecundo Abisbal», damos el finiquito a estos desilva-

nados comentarios, anunciando al lector que el libro se cierra con la inserción de seis emotivas poesías de Mambruno que Verecundo tuvo el buen gusto y verdadero acierto de salvar de un vulgar rasgado en el expurgo de los papeles viejos contenidos en su mesa de despacho. Son versos cadenciosos, sonoros que con un ritmo y entonación moderna aciertan a cantar actos humanos, sentidos, sencillos y primorosamente referidos. Los títulos de estas seis bellas composiciones con que se cierra el libro son los que se siguen:

«Zumbas como mi sangre», «He venido del sur», «Suena aquel mar en mí», «Somos marea viva», «Cuando vivías bajo las ojivas», «Hoy llueve otoño».

Y dejada así brevemente explicada la esencia de los versos, cerremos esta glosa afirmando que el lenguaje de Ruiz Peña es cortado, contundente, conciso, repleto de humorismo. Su perspicacia y su habilidad para calar en lo hondo de las cosas que dice que se propone hacer, hace en muchos casos encontrar las respuestas en sus propias preguntas. En suma, es veraz y justiciero que por ello se llama Verecundo.

En este Boletín de la Institución Fernán González que tantas veces se vio honrado en el correr de años ya un poquito lejanos, por sazonados frutos de la inspirada pluma de Ruiz Peña, no podía faltar una obligada recensión de un tan ameno como enjundioso libro. Lástima grande, que mis 85 años ya cumplidos agarroten mi mano al enristrar la pluma y ponga nieblas en mi mente, que en tiempos ya lejanos, supo —cuando así quiso hacerlo—, escribir bellas páginas. Perdón querido amigo si una mies tan bella no tuvo la fortuna de encontrar cosechero adecuado e idóneo a quien tan sólo salva en este noble empeño, una crecida dosis de buena voluntad.

I. G.ª R.

oooOooo

El ilustre investigador y publicista, don José J. Merino Urrutia, de personalidad bien acusada, por múltiples publicaciones referentes a la Rioja, su terruño natal, acaba de dar a la pública curiosidad, en la Revista «Berceo», editando posteriormente separata, una interesantísima publicación titulada «Vocabulario de la Cuenca del Río Oja». En ella con autoridad de maestro de bien probada competencia en estas nobles lides del

espíritu, trata en términos generales: 1.º De los Vocabularios y estudios publicados del habla riojana, materia en la que se nos muestra como profesional consumado. Pasa, después, a realizar un metódico estudio sobre antecedentes histórico, geográfico, etnográfico y lingüístico de la cuenca que baña el río Oja, para insertar a continuación un curiosísimo y acabado vocabulario, dispuesto éste por riguroso orden alfabético, del buen número de palabras, típicas del habla de esta región que su dedicación a la materia, ejercitada durante muchos lustros le hizo conocer.

Esta nueva publicación del señor Merino Urrutia es una prueba más, sobre las muchas que con anterioridad nos tiene ofrecidas de su magistral conocimiento y maestría en la cuestión objeto de su estudio. El trabajo se termina con una abundante bibliografía.

Agradecemos por tan amena, interesante y erudita aportación lingüística local, su deferencia al enviarnos cariñosa e inmerecidamente dedicada una separata. Por todo ello, reiterando a su ilustre autor el testimonio de nuestra complacencia y amistad. Enhorabuena.

I. G.ª R.

OBRAS RECIBIDAS Y AGRADECIDAS

1.º «La exactitud de las Catedrales». Por Pascual Izquierdo Abad. Publicación de Artesa. Primer premio del concurso internacional de Poesía Religiosa: «San Lesmes Abad», patrocinado por el Excmo. Ayuntamiento de Burgos.

2.º «ARTESA», n.º 22, mayo de 1974. Dos poetas inglesas: Sylvia Plath, Judith Kay Chopra.

3.º «Il Museo Provinciales Campano di Capua nel centenario della fondazione». Publicación con bellísimas ilustraciones.

FRAY VALENTIN DE LA CRUZ, O. C. D., Conversaciones burgalesas, **Publicaciones de la Institución Fernán González, Burgos, 1974, 319 págs.**

El autor, Cronista oficial de la Provincia, ha querido dejar

constancia de su oficio una vez más, mediante esta nueva obra, en la que recoge cuarenta minibiografías de otros tantos burgaleses, relevantes en los más diversos campos de la vida palpitante de nuestros días. Ha conversado con sus personajes, con la finalidad de que ellos mismos aportaran los trazos más acusados de sus respectivos retratos. El resultado ha sido este libro, ajustado a las pautas de un género que estuvo un tanto de moda hace pocos años.

Junto a la fotografía de cada personaje, nos da las fechas fundamentales de su vida y seguidamente —tras las pertinentes introducciones—, comienza la conversación, o más bien entrevista, en la que se busca la definición de cada persona, preferentemente por su lado amable o brillante. Como es natural, ello se logra en mayor o menor medida según el talante de los entrevistados. Quien, sin duda, mejor se define —por la reveladora vía indirecta— es Fray Valentín de la Cruz.

Independientemente de los personales criterios del autor a la hora de seleccionar a sus protagonistas, destaca ante todo el riquísimo caudal humano de los hombres de Burgos, aunque, en su mayoría, hayan levantado el vuelo en busca de más amplios horizontes para sus empresas. Hay militares, eclesiásticos, abogados, humoristas, médicos, pintores, historiadores, periodistas, músicos, farmacéuticos, catedráticos y hasta una singular ama de casa. El común denominador suele ser el triunfo social. Al menos la mitad han alcanzado dimensiones nacionales, algunos son conocidos en el extranjero y otros han recibido ayuda de la amistad o del agradecimiento del autor. El conjunto es grato, aleccionador y útil. La lectura, dentro del peculiar barroquismo del autor, es fácil, interesante. ¿Qué más se puede pedir?

Todo se ha supeditado a las personas. Tal vez por eso no se reflejan tanto las obras, de las que cada uno es hijo a la vez que padre. Tampoco se salta sino tímidamente al terreno de las ideas, salvo en los casos de personajes que tienen auténtica dimensión de pensadores o de programadores del futuro: son los momentos en que el libro alcanza sus mejores dimensiones. Cuantos nos enorgullecemos de la tierra que nos vio nacer habremos de felicitar al autor y pedirle que siga en la línea de cronista brillante, que nos obliga al agradecimiento.

Nicolás LOPEZ MARTINEZ

UNA NUEVA VERSION DEL POEMA DE MIO CID. --- Editorial Juventud. Provenza 101, Barcelona.

Don Ramón Menéndez Pidal gustaba decir: Cantar de Mío Cid y no poema. Tenía sus razones. Ahora, cuando por primera vez hablo del inefable don Ramón en pasado, en tiempo ido, tiembla mi mano en las teclas de la máquina, pese a que su muerte la temíamos todos, desde que Dios le concedió prolongar su larga vida, su larga juventud, bastante más allá de la media actual de los demás mortales y con lucidez asombrosa, hasta el punto de haberse editado en 1964 su último libro, el de Bartolomé de las Casas, tan revelador, tan sabio, tan intuitivo, tan psicoanalítico a sus noventa y cinco años.

Pero no es hora ya de hacer mi necrológica de don Ramón, cuando plumas maestras le han llorado con la pesadumbre de España y del mundo, en lo científico y en lo entrañablemente humano. Recuerdo aún aquella frase suya que tanta serenidad vital revelaba y tanta ironía suave, imperceptible: «No hay joven que no pueda morirse mañana, ni viejo que no pueda vivir un día más».

Por azar providencial, estaban en mi estante, entre los últimos libros a comentar, por su reciente publicación, la segunda edición de «La España del Cid», ya comentada y esta nueva versión del Cantar que la Editorial Juventud, en su popular colección Z ofrece a la gran masa de lectores con mínima inquietud cultural. Se trata, como siempre de una cuidada reproducción del texto primitivo, que a doble página lleva la traducción moderna en verso de Alberto Manent. Este sistema, antiguo ya en versiones populares evita las notas filológicas, siempre enfadosas para el no especialista, tanto si van a pie de página, como en vocabulario final. Luego hablaremos de las características y del posible acierto de esta nueva versión, que no sé por qué viene a sumarse a otras ya numerosas desde 1955. Lo menos cinco o seis, en trece años, son un índice muy consolador del progreso cultural, de la inquietud literaria de los españoles, porque a poca vista que los editores tuvieran, el «Cantar del Cid» no se publicaría si las ediciones se quedaban almacenadas. Cada nueva edición supone un previo cálculo de que el tema interesa y de que la publicación es rentable, como ahora se dice. Eso es importante y contribuye no poco a ello la labor paciente de Menéndez Pidal durante toda una vida. Más

que su labor científica la popularidad que su nombre alcanzó con ella. Un nombre, que estoy casi seguro que se coronará postumamento con el premio Nóbel. Dios habrá querido complacer así la gran modestia de don Ramón en vida.

El tomito de 383 páginas que ahora tomo en las manos está valorado con un estudio crítico de Dámaso Alonso, que no es nuevo, pero sí popular por primera vez: Los eruditos lo conocían ya porque era famoso para ellos: «Estilo y creación en el Poema del Cid». Fue primero conferencia de minorías en la Biblioteca Nacional en diciembre de 1940, cuando, sin él saberlo, ya había escrito Ewald Kullmann su artículo sobre la poesía en el cantar de gesta del Cid, publicado en una revista alemana de 1931. En ella coincidían ampliamente ambos investigadores poéticos, señalando el formidable estilo poético del Cantar, en el que la dramatización aparece con rasgos primitivos, modernos, eternos en el genio artístico, caracterizado por la sobriedad, que es la piedra de toque y la dificultad de todo arte, como decía del de la guerra, el más extraño de todo, Napoleón: «Es un arte sencillo y todo de ejecución». Eso no lo decía, pero lo pensaba el poeta del Cid y a ello se atenía con arte genial en su sencillez y todo su mérito concentrado en una ejecución de difícil artificio, con los mínimos elementos y graduando la emoción, sabiamente dosificada, gota a gota a lo largo del relato o la forma descriptiva, pero sobre todo, con una profundidad psicológica en el trazado de los personajes, que para sí quisieran muchos de los que hoy se etiquetan a sí mismos como autores del género psicológico.

La conferencia de Dámaso Alonso se publicó en 1941 en la Revista «Escorial», también de minorías eruditas, luego se incluyó en 1944 en el libro del mismo autor «Ensayos sobre poesía española», que editó la «Revista de Occidente». Sólo ahora, casi un lustro después, se ha considerado que el tema tiene interés para el gran público, sobre todo ese gran público de jóvenes estudiantes universitarios y se encaja como pórtico en esa colección Z de gran tirada con que la editorial Juventud contribuye a la cultura española.

Sinceramente confiesa Dámaso Alonso que en su trabajo repite conceptos explísitos o ligeras indicaciones alusivas de los estudios de su maestro don Ramón, cosa inevitable en todo el que se acerca a la figura del Cid. Pero hay que reconocer su mérito y estudiosa penetración al analizar la variación psico-

lógica del carácter de los personajes, descendiendo al psicoanálisis de los principales, ampliando en detenidos pormenores un breve pasaje de Menéndez Pidal en la edición de Clásicos Castellanos.

Estilo y creación es su tema, o si se quiere el estilo creador de aquel poeta primitivo y tenido por rudo. Unos versos bárbaros, decía de ellos el primero que los encontró, Juan Ruiz de Ulívarri en el siglo XVIII. Pero le faltó añadir que eran genialmente artísticos. No lo dijo porque los gustos literarios andaban entonces empalagados, incapaces de poder saborear tales manjares.

Tentado estoy de informar ampliamente, con complacencia, de las delicias del estudio de Dámaso Alonso, en cuyos párrafos no se sabe bien dónde empieza su visión poética, dónde su intuición de crítico y dónde su labor de investigador, pues todo va tan armoniosamente entramado en su ensayo. Pero he de resignarme a señalar las líneas maestras de sus 48 páginas. Tras la ambientación previa, el despliegue inicial de su interpretación, estudia la variación retórica, la variación de las almas, el humor y los héroes.

LA LEYENDA DE LOS SIETE INFANTES DE LARA

Hay aquí un tema apasionante en lo histórico y en lo literario. La leyenda de los Infantes de Lara fue uno de los primeros estudios de Menéndez Pidal, si no me equivoco, el que le valió el ingreso en la Academia de la Historia. Ahora, cuando acaban de aparecer, póstumos, los dos tomos de su obra sobre el tema, en edición renovada al cabo de muchos años, y muchos lustros, Isabel Muñiz nos ofrece un estudio original sobre la leyenda, siguiendo la Crónica General de España.

Uno toma el libro con sospecha de que poca cosa se podrá decir de los Siete Infantes después de la última palabra de Menéndez Pidal, nunca más cierto lo de la última palabra, al ser obra póstuma, y ya por la página 13 nos sorprenden los hallazgos de la profesora Muñiz, que lo es de neuropsiquiatría forense, investigación criminal, genealogía y heráldica. Su doble aplicación, marañonista si se quiere, aporta unas luces ex-

traordinarias al tema medieval, porque en una tragedia tan macabra como la de los Infantes de Lara la investigación criminal es un método auxiliar excelente.

En esa página 13 nos dice que la muerte de los siete infantes no consta en la historia de Castilla por tratarse de un crimen de derecho común sin más repercusiones que en el círculo familiar. Para ella, la que se ha llamado «ridícula historia» es, a los ojos de los criminalistas, un verdadero sumario que hace sospechar que el juglar utilizase como materia prima alguna crónica o acta contemporánea, luego perdida, sin lo cual, hay detalles que serían inexplicables. Por ejemplo, cuando Gonzalo Gustios mata al moro «de un puñetazo en la garganta». Nos aclara que un golpe fuerte sobre la «nuez de Adán» puede, por acción refleja sobre el corazón, provocar el síncope y la muerte instantánea. Es la llamada «muerte por inhibición». Pero esto no podía saberlo un juglar del siglo X, añade la profesora. Es un género de muerte muy poco frecuente, que en aquella época tenía que resultar inverosímil. Un poeta hubiera ideado otra más espectacular y aceptable.

Este razonamiento u otro semejante, mientras releía la vieja Crónica General y su refundición de 1344 fue lo que indujo a Isabel Muñiz a comentarla y a investigarla a través de sus amplias posibilidades neurosiquiátricas tan apropiadas para el caso. Estampa esta frase sensacional, dedicada a los lectores: «Siento desengañarles, pero esos caballeros tenían el mismo sistema nervioso que nosotros y si su conducta difería de la que hoy se tiene por normal, es porque eran muy distintas las circunstancias externas».

Lamenta la autora que nunca haya examinado un médico las cabezas que conserva la iglesia de Salas de los Infantes, exhumadas varias veces. La simple inspección podría determinar la edad. Y la de los ocho esqueletos decapitados que se guardan en San Millán, permitiría, con examen micrográfico, saber si corresponden a las cabezas.

Todo empieza a hacerse apasionante desde estas primeras páginas en las que siguiendo el relato medieval con lenguaje moderno y ágil, todo va tomando carácter de novela de intriga, policíaca, siendo en realidad pura y simple investigación científica. Cuando Fernán Antolínez, el piadoso caballero que asegura llegar al combate cuando todos regresaban y, sin embargo tiene sus armas ensangrentadas y le han visto luchar recia-

mente, la autora lo explica como una «ausencia», una epilepsia leve, que los franceses llaman el «petit mal», que en el mismo texto tiene apuntados dos rasgos suficientes para definirla: «era muy devoto y oía todas las misas que podía». Dos rasgos que definen el temperamento enequético, que nunca falta, aún en las epilepsias más ocultas, cuando jamás ha tenido síntomas anteriores el enfermo. El caballero asistió a la batalla en estado de «ausencia». Peleó con tanta bravura, precisamente porque durante la ausencia están abolidas todas las inhibiciones, entre ellas el miedo. Con ello demuestra la autora la historicidad de un punto más de la épica, que se daba por mero inciso piadoso o milagrero ya que se atribuía a una suplantación del hombre por su ángel. Más convincente este punto que el anterior, en el cual un juglar del siglo X nada sabría de la acción refleja de la nuez de Adán sobre el corazón, pero el golpe, habitual hoy en judo, se prodigaría probablemente en época de tantos golpes diarios como solución de los más nimios problemas. Sabrían que un hombre puede morir de un golpe en el corazón.

Un tercer hallazgo sorprendente de la autora es el de la ceguera de Gonzalo Gustios «de tanto llorar por sus hijos». Se trataba probablemente de una conjuntivitis con la consiguiente fotofobia que le obligaba a permanecer con los ojos cerrados. El cuadro hubiera desaparecido en unos días si no se le uniese un histerismo, una «neurosis de renta» que le incitaba inconscientemente a refugiarse en la enfermedad, para encerrarse en su casa sin asistir a la Corte ni a la guerra, como consecuencia de la desilusión por dejar sin venganza la muerte de sus hijos al faltar pruebas legales.

El cuarto punto esencial que encontramos en la obra de Isabel Muñiz es la veracidad que concede a la persona de Mudarra, tenido hasta ahora por fantástica, como personaje creado para la justicia poética. Aspecto es éste digno de mayor estudio, profundización y confronta entre especialistas. La autora se indigna un tanto con los investigadores hipercríticos que no descienden de sus bibliotecas hasta los libros de criminología. Sin embargo, ella misma reconoce los elementos inverosímiles que esmaltan algunos pasajes, frente a un enorme realismo en todo ello.

Ese realismo que encuentra en la crónica de 1344, muy tardía por cierto no estando en la primera Crónica General, es

el que pudiera ser real sin ser de los Siete Infantes, episodio realista, de gran verismo en sus pormenores pero incorporado tardíamente. Pero no hemos de refutar sin pruebas un trabajo tan bien construído, por diversos caminos científicos todos, pues incluso en tradiciones árabes se ha impuesto la autora.

La Leyenda de los Siete Infantes, tal como está investigada por Isabel Muñiz, es un gran acierto, por el que hay que felicitarla. Es una nueva luz sobre lo mucho que vio Menéndez Pidal, con la cual cobran nuevos relieves sombras y penumbras medievales y se confirma la realidad de parcelas tenidas hasta hoy por legendarias. La Institución «Fernán González» de la Diputación de Burgos ha tenido otro gran acierto al publicarla.

STEPHEN CLISSOLD. --- «In search of the Cid». Editorial Holder and Stoughton. London. 1965. 254 páginas.

EN BUSCA DEL CID. --- Comentario por José María Gárate Córdoba.

Nunca pensé que un libro sobre el Cid tuviera la aceptación que éste en Inglaterra. Nos llega al cabo de cinco años, cuando creo que ha constituído ya un éxito de venta. Está escrito por Stephen Clissold, un hispanista inglés nacido en 1913, que tiene, pues, 57 años, diplomado en Oxford y que ha trabajado en el Consejo Británico y en el Foreing Office en distintos países. Entre sus numerosos libros destacan «Conquistador», que es una biografía de Pedro Sarmiento de Gamboa y «Las siete ciudades de Cibola».

La obra es de divulgación erudita. Pretende ofrecer al gran público, expectador de la película de Bronston, la verdad sobre el Cid histórico y su posible distinción de la leyenda. Cosa en la que muchos españoles no han acertado o no han querido aceptar, porque se da el caso de que muchos poetas prefieren la leyenda fabulosa a la historia verídica, tanto o más literaria que aquella. Por eso su línea es histórica, con las mínimas apoyaturas en el Cantar de Mío Cid, histórico también y mucho menores en el Romancero, absolutamente fabuloso.

Pero la intención de un autor tan lejano a nuestra histo-

ria y nuestra idiosincrasia es preferible tomarla de sus propias manifestaciones, donde se comprenden perfectamente su erudición y su empeño puramente histórico:

«Rodrigo Díaz, el Cid, héroe legendario de España, campeón de la caballería española contra los musulmanes, centro de un centenar de cuentos de los que algunos son manifiestamente increíbles. ¿Fue un hombre o un mito? Esta cuestión ha fascinado a Stefhen Clissold durante varios años».

En cada párrafo, con progresividad, va progresando en su conocimiento y definición del héroe castellano: «Salió en busca de la verdad —dice Clissold buscando cierto quijotismo cidiano— rapando las exageraciones de la leyenda, comparando los cuentos de los viejos manuscritos con lo que se puede conocer a deducir de la historia.

El presentador añade del trabajo de Clissold: «Ha recobrado al hombre para nosotros tanto como se puede conocer, y los resultados de la investigación y la suma de descubrimientos e interpretaciones diferentes, dadas por sucesivas generaciones de letrados, en lo que consiste el proceso de la recuperación de la verdad acerca de este hombre indudablemente grande, proporciona una lectura absorbente.

La obra se completa con una buena selección de escenas y reliquias relativas al Cid y reproducciones de los grabados que figuran en manuscritos y en los primeros libros impresos. Lo completa el mapa de las guardas con la frontera hispano-musulmana en la fecha del nacimiento del Cid, y otro de la frontera en la fecha de su muerte. Así se ve de una sola ojeada, todo lo que se ensanchó Castilla al paso de su caballo.

Un capítulo introductorio examina al Cid como hombre y mito, fijándolo en su verdadera dimensión, pero también en toda su trascendencia. Luego, iniciando la historia nos presenta el autor todo lo que se puede conceder de verídico a sus primeras hazañas, la subida al poder del rey Alfonso y como consecuencia el destierro del héroe castellano. Glosa en el capítulo siguiente la etapa en que el Cid emprende su campaña como muy pocos leales, para ganarse el pan. Surgen entonces la invasión al morávide y la coalición contra el Campeador, para entrar en la lucha hasta Levante y la conquista de Valencia con un capítulo dedicado en exclusiva a los almorávides rechazados.

Al final unos estudios monográficos sobre el Poder y la

Gloria, sobre las hijas del Cid, la muerte del caudillo y su espíritu inmortal.

Entre los grabados destacan algunos muy interesantes de colecciones inglesas y francesas de los siglos de oro, relacionados con el Cid o con su época, varios de ellos rigurosamente desconocidos en España.

No deja el autor de considerar casi ninguno de los aspectos cidianos de la historia. Desde el planteamiento de la cidofobia de Dozy y Masdeu hasta las precisiones aplastantes de Menéndez Pidal, desde el culto humano a su prestigio homérico en San Pedro de Cardeña, por los monjes cistercienses de hoy, benedictinos de antaño, hasta el supuesto desdén de los burgaleses, desde los puntos de vista de la España musulmana, despectivos o admirativos según los cronistas o los pasajes de un mismo historiador, todos históricos, hasta las fantasías del Romancero que presentan un Cid tenoriesco y sacrílego. En las relaciones del Cid con los reyes Sancho y Alfonso incluye un diálogo sintético muy expresivo de la película de Bronston, que si no es cierto en sí, lleva el espíritu de la gesta cidiana.

Recoge del «Cantar de Mío Cid» todas las tiradas de versos que dan fe del ambiente y de la historia del destierro, de la Historia Roderici la estancia de Rodrigo en Zaragoza. Cita constantemente a Menéndez Pidal, pero también una extensa bibliografía en la que no olvida citar un modesto libro del que os ofrece el comentario, escrito sin pretensiones en 1955 y agotado hace mucho: «Las Huellas del Cid», al que alude frecuentemente, sin relación alguna con el autor para toda precisión arqueológica o paleográfica. Trae un buen índice de personajes cidianos y lugares de su epopeya y desarrolla concisa y perfectamente clara la historia hasta la conquista de Valencia, de forma rigurosamente científica, pero aclarando a la vez las inexactitudes de la leyenda por bellas que éstas sean.

Finaliza con un examen de romances y leyendas, muy en su punto. Son excelentes las notas bibliográficas a cada capítulo, el vocabulario onomástico y toponímico, el índice de láminas y grabados, éstos muy raros y selectos, de las primitivas crónicas del Cid y algunos ingleses, inéditos en España.

Una obra de divulgación histórica valiosísima, de precisiones muy claras y científicas. Buen modelo para tanta literatura de confusión como hay en España, que merecería traducirse y ser texto en más de un centro de enseñanza. Porque

recogiendo la esencia de los que Menéndez Pidal recoge en el tomo 1.000 de la colección Austral, le añade numerosos aspectos laterales, que allí no se tocan. Es decir que despliega una completa panorámica que da respuesta al título, el cual no es ya «En busca del Cid», sino más bien el encuentro con el Cid en sus más variados aspectos, en su visión total.

No sería malo que la editorial londinense Hodder and Stoughton, que ha editado este libro con mucha dignidad, se decidiese a facilitar o gestionar su traducción al español. Aunque parezca mentira sería una buena labor hispánica, aún por hacer, como buena labor hispanista es la que ha hecho el autor Stephen Clissold, a quien hoy le enviamos nuestra gratitud y nuestra felicitación, por su éxito.

CENTENARIO DE FRAY CRISTOBAL DE TORRES

Yo no sé si se ha recordado en Burgos —acaso en alguna otra publicación para mí desconocida lo haya sido— el cuarto centenario del nacimiento de Cristóbal de Torres, arzobispo en Santa Fé de Bogotá en Colombia y fundador del Colegio Mayor del Rosario, hoy día una de las más importantes Universidades de América Latina.

Pues bien; Cristóbal de Torres nació la víspera de los Santos Inocentes del año 1573 en Burgos y fue bautizado dentro del mes de enero de 1574 en la capilla de Santiago de nuestra Catedral.

Acaba de salir en Bogotá un libro escrito por Fray Alberto Ariza, dominico como su biografiado, y es la Academia de la Historia Colombiana la que con motivo de este cuarto centenario rinde al burgalés fray Cristóbal un caluroso homenage.

Mi antiguo y entrañable amigo José Prat, quien vivió en su juventud en Burgos, organizando entonces un incipiente Ateneo, fue después abogado o asesor letrado del Consejo de Estado en Madrid y Subsecretario durante la República. Vive desde su largo exilio en Bogotá y me ha enviado desde allí el libro, siendo él muy sensible a las cosas de Burgos por su hondo cariño a esta ciudad.

En uno de los días del pasado mes de enero, con motivo de una gira del señor Prat por España, me hizo una visita en Burgos, donde comimos juntos y charlamos de todo lo que hay que charlar. Mi viejo amigo entre alguna de sus actividades —totalmente alejadas de la política— en aquella ciudad colombiana, de cultura casi burgalesa, da lecciones o conferencias en una institución de Padres dominicos:

«La Historia es el registro de Dios sobre la Tierra; tergiversarla es un sacrilegio».

Es así, también, como comienza el libro de Fray Alberto Ariza. ¿Cómo enjuiciar hechos políticos o sociales sin suficientes perspectivas de tiempo? Así resulta el tropiezo constante de apasionamiento, de tergiversación, no dejando a salvo ni la natural anfibología de las cosas.

Fray Cristóbal, fundador de Universidad; como fray Francisco de Vitoria, estudiaron ambos, desde casi niños, en el convento de San Pablo de Burgos, extramuros entonces de la ciudad, centro ahora estratégico de la misma. Aún permanece en pie ese cuartel de Caballería abandonado desde hace unos cuan-

tos años que sustituyó, tras la desamortización, a un convento Dominicano, lumbrera de derecho de gentes y donde hoy día en su frío y desnudo interior deben acaso darse cita libremente algunos fantasmas.

Se diría que ese retraso en convertir aquellos lugares que fueron primero centro de sabiduría, después cuadras de caba- y por último recinto destinado por segunda vez a la demolición en el corazón mismo de una importante ciudad, no se sabe a punto cierto por qué circunstancias de orden financiero retrasan la transformación. Puede resultar aquel desafectado caserón como un signo de algo que contiene la conquista especuladora propia de nuestros días. Como fray Francisco de Vitoria, como el arzobispo Cristóbal de Torres o como su correligionario fray Bartolomé de las Casas, defendieron el derecho y libertad de los indios americanos porque, como se dice en el Evangelio, que en todo lugar encontraréis pobres entre vosotros, también, en todo lugar y tiempo encontraréis «indios».

El burgalés fray Cristóbal ¡relativamente larga fue su vida! antes de ir a Colombia ya fue, en cierto modo, un hombre político en España como consejero de Francisco de Rojas, duque de Lerma y luego del Conde Duque de Olivares, abarcando sus consejos dos importantes reinados de los Austrias.

Bajo el punto de vista literario tuvo este dominico amistad con Quevedo siendo el censor de la obra de este literato titulada «Política de Dios, Gobierno de Cristo y Tiranía de Satanás».

El sentido filosófico-humorístico de don Francisco de Quevedo resultaba mucho más sincero y valiente que ese otro que domina nuestros (1) tiempos.

Era el futuro fundador de Universidades del Nuevo Continente, ante todo, de una depurada formación humanística. Sólidamente formado en la Escuela de Santo Tomás, fundamento de toda lógica persistente, que se desarrollaba en el convento burgalés de San Pablo, la extendió al otro lado del Atlántico.

---

(1) El 1641 habiendo Francisco de Quevedo remitido al rev algunas estrofas elocuentes sobre los abusos del poder, el ministro Conde Duque de Olivares (muy lejos estaba de intervenir en ello fray Cristóbal de las Torres), irritado hizo encerrar al literato, en San Marcos de León durante casi dos años. Aun cuando ese lugar leonés ya tenía la belleza renacentista cuya fachada y claustros ahora se exhiben, en el probable más lujoso hotel español de nuestros días, las humedades y los fríos, junto al río Bernesga minaron notablemente la salud de Quevedo hasta el punto de morir poco tiempo después de su liberación.

Enemigo del fatalismo «maniqueísta», como buen hijo de Santo Domingo de Guzmán fundador de su Orden, tuvo siempre presente aquello de HOMO LIBER QUIA RATIONALIS.

Como ahora dice el biógrafo fray Alberto en su reciente libro sobre el Colegio Mayor del Rosario en Colombia, «llegó a ser aquel lugar fragua donde se templaban las facultades humanas en orden a la estructuración de la democracia y al ejercicio **honesto** de los derechos ciudadanos».

«Habemos» de pensar que si las democracias modernas sufren tan graves crisis y defectos, no menos turbadores que muchas dictaduras, es por esa falta de honestidad o sentido real de la honradez colectiva que al hombre afecta.

El humanisto tomista —según Fray Alberto de Ariza— sostiene la estructura rígida de una disciplina moral dentro de la mayor libertad intelectual y científica. Así observa el mismo autor que ya, de muy antiguo, la juventud romana se relajó por el abandono de esa disciplina, siendo entonces cuando el Imperio se precipitó en su derrumbamiento histórico.

Cierta afinidad de circunstancias, de ese agrietamiento humanístico, podían ahora hacernos presagiar que una parecida semejanza en relajación, unida a un desarrollo acelerado esencialmente materialista, termine por provocar una revulsión de signo «bárbaro» hacia la aurora de otra especie de «alta» y nueva Edad Media.

¿Tendrá alguna relación ese abandono de los estudios clásicos con la inminente probabilidad de la catástrofe colectiva de los países más prósperos? Es incluso lógico que por el abandono del latín y del griego la precisión de las palabras se corrompan y con ello se pudran, también, las ideas y las costumbres y el gose de la legítima libertad que creíamos estar alcanzando. Por eso añade el autor del libro que estamos comentando: «FACULTA ELECTIVA MEDIORUM SERVATO ORDINES FINIS».

Ese paternalismo y defensa en pro de los indios sostenido, hasta escandalosamente para su tiempo, por este burgalés, arzobispo Cristóbal de Torres, fue en algún momento casi tan fuerte como la propia crítica de Fray Bartolomé de las Casas. Sus roces con la Compañía de Jesús, por apreciar en ella un cierto sentido acaso más en consonancia con ideas que presagiaban la colonización, fueron frecuentes en Colombia, sin llegar, sin embargo a un radicalismo jansenista.

Por mi parte he creido apreciar en esta —para Colombia y para Burgos—, tan interesante biografía, un paralelismo, tanto en lógica tomística como en duda filosófica pero aclarada por el foco de la **caridad**, entre Fray Cristóbal y Pascal en Francia. Tras el Renacimiento del siglo anterior se reconsideraron esas ideas filosóficas durante la maduración y controversia propia del siglo XVII, de tal forma que los faros humanísticos —uno de los más destacados el del convento de San Pablo en Burgos—, trascendieron indirectamente, pero ahora sin lugar a dudas, en el llamado Enciclopedismo del siglo XVIII. Permítaseme decir que, incluso con todos sus posibles errores, Voltaire y Juan Jacobo Rousseau tuvieron un fondo profundamente humanístico propio de Vitoria y de Cristóbal de las Torres de esta escuela burgalesa del Convento de San Pablo porque también en los pueblos centro-europeos se apercibieron que existían los «indios».

Era —según Fray Alberto Ariza— este su biografiado burgalés hombre de mediana estatura, de aguileño y hermoso rostro; ojos, tan vivos y tan inquietos, que le brillaban como luces encendidas. Fue liberal y caritativo. Honraba a los nobles sin adulación, celebraba a los sabios y estimaba a los virtuosos.

No fueron, sin embargo, muchos los años que la Orden Dominicana regentó el Colegio Mayor de su fundador, pero la gloria de aquel burgalés queda perenne en la Universidad moderna de Bogotá. De ella me ha hablado con toda emoción ese exilado, buen amigo, José Prat paseando una tarde del último mes de enero en torno al antiguo cuartel, recinto donde estuvo enclavado el Convento de San Pablo.

Con mi modesta sugerencia me atrevo a deciros que, estando casi coincidente, al parecer, este centenario de Fray Cristóbal con el derribo del viejo caserón a que hemos aludido, se tuviese en cuenta que alguna parcela de tan extenso solar se reserve a un centro docente de tipo Universitario. Sería de esta forma liberar un poco a los «indios» modernos de no menguados desafueros de lo que hoy se llama la especulación.

Hoy, donde todo en el mundo parece estar resultando ilógico, no obstante los avances de la investigación, se entrevee la necesidad de un neo-tomismo en el cual resulte posible el reestructuramiento de una sociedad que a gritos pregona su evidente evolución, y que de todo ello, a la escala y circunstancias de entonces —de hace cuatro siglos— ya se pretendió es-

tudiar los remedios por unos hombres de hondo humanismo, de trascendencia universal que se formaron en el Convento burgalés de San Pablo.

Abril 1974.

Próspero GARCIA GALLARDO

ILDEFONSO FRANCES, GIL. --- Narración de la fundación de la iglesia de Villaveta. Libro manuscrito. Año, 1706. Reciente publicación de este libro en la Revista de la Universidad Complutense, vol. XXI, núm. 83. Madrid 1972; págs. 187-228. Prologado y anotado por el profesor don Alfonso E. Pérez Sánchez bajo el título: «Noticias sobre obras de arte en un pueblo burgalés».

Don Angel Ruiz Garrastacho, director del Grupo Escolar «Marqués de Camarasa» de Castrojeriz, viene ya desde hace bastantes años desplegando una magnífica actividad de rescate de documentos histórico-artísticos y arqueológicos en la provincia de Burgos. Fruto de su constante esfuerzo, ilusión y competencia han sido numerosos logros, hoy ya muy conocidos en el campo de las letras, uno de los cuales es el libro que motiva esta reseña.

Características del libro original. — Está integrado por 72 hojas con texto escrito a mano los años 1702 a 1706, formando un volumen encuadernado en pergamino cuyas dimensiones son 207 por 160 mms.

Propietario. — Don Aniano Calleja Escribano, actual alcalde de Villaveta, quien lo posee como legado familiar.

Rescate. — En el ángulo oscuro de nuestra dilatada geografía burgalesa, llenos de frío y olvido duermen, como el arpa aquella «silenciosa y cubierta de polvo», numerosos testimonios documentales que nos pueden deleitar e instruir contándonos muchas y desconocidas cosas de nuestra historia. «La mano de nieve» que ésta vez ha arrancado las dulces melodías históricas de un desconocido e importante documento burgalés ha sido, como hemos dicho, la de don Angel Ruiz Garrastacho. Yo presencié las vicisitudes de su rescate e hice una fotocopia de cada una de sus páginas que encuadernadas en un volumen repro-

ducen el original, volumen que se custodia en la Biblioteca de la Institución «Fernán González» de Burgos. Por haber sido testigo de esta operación, por conocer en su totalidad el original desde el primer momento de su descubrimiento y por el gran interés que su contenido encierra para la historia del arte castellano hacemos esta reseña en nuestro Boletín corporativo.

Contenido del libro. — Su máximo interés estriba en que va dando detallada cuenta de bastantes artistas, ya por otros motivos conocidos, que intervinieron en los trabajos de la iglesia de Villaveta y de sus retablos, con la ventaja de que el autor del libro conoció y trató personalmente a gran parte de ellos, dándonos por este motivo una viva estampa del ambiente en que entonces se movía el artista durante su trabajo y de las relaciones artista-cabildo. Esto acrecenta el interés científico del libro y por otra parte nos ofrece una obra animada al haber recubierto el autor con sus vivencias personales y reflexiones el frío esqueleto documental, a pesar de que todo lo que dice queda incuestionablemente confirmado con el testimonio del documento, lo que hace de nuestro libro una obra rigurosamente científica, pudiendo por ello considerarse en cierto modo a su autor, don Ildefonso Francés, «como un buen antecesor de Ponz y Cean», tal y como atinadamente dice el profesor don Alfonso E. Pérez Sánchez en la reciente publicación.

Nuestro manuscrito relata la historia del actual templo de Villaveta informándonos de que en el «año de mil quinienttos i beinte i nuebe dia de San Zoil que cae a 27 de junio se comenzó a edificar esta Santta Yglesia de esta Villa de Villavetta». Antes había en el pueblo dos parroquias, la de Santiago y la de San Esteban, que fueron demolidas al levantarse la actual. En dicho día pusieron la primera piedra «i en acabando de asentarla, dieron pan, frutta i bino a los que presentes estaban, y a los niños de diez años i doce abajo a cada uno zinco azotes, a honor de los zinco sentidos, para buena memoria, y después andubo la obra con mucha diligencia asta sacar ttodos los zimientos fuera de la tierra, asta el año de treinta i ocho que se dió horden de bendecir la dicha yglesia, la qual bendición hizo el obispo de Coria natural de la Villa de Sasamón... i después andubo la obra con mucha diligencia asta el año de quarentta i nuebe que se bendigeron los zimientos i portadas, la qual bendixo el obispo de Balba natural de Lerma... Y después

ponerla entablamentos i arcos o el querpo de dicha Yglesia». Más tarde se hizo la torre que fue acabada «por el año del Señor de mil i seiszienttos i seis». Finalmente se construye la portada principal en «el año del Señor de mil seiszientos i zinquentta». Las capillas comenzaron a hacerse a partir de 1664.

En nuestro libro manuscrito se da detallada relación de los maestros y artistas que trabajaron tanto en la obra de la fábrica del templo como en los retablos, pinturas y otros accesorios, de los cuales el autor, don Ildefonso Francés, nos da completa y documentada información que en síntesis enumeramos seguidamente:

Rodrigo Gil de Hontañón, «monttañés, que era gram Maestro», dio la traza de la iglesia que dejó en manos de **Pedro de Hinestrosa**, el cual empleó en ella toda su vida y la siguió **Juan de Hinestrosa**, también hasta su muerte, pasando a continuación al criado de éste, **Juan de la Maza**. La obra de carpintería corrió a cargo de **Juan de Riestre**, también, como los anteriores, montañés.

La torre fue terminada por **García de Arce**.

La portada principal fue hecha por **Juan de la Sierra Vega** y **Pantaleón de las Rivas**. Rematando la portada se colocaron estatuas, de Nuestra Señora y del Santo Cristo, esculpidas por «**Juam de los Elgeros**, vezino y morador de la ziudad de Burgos». Juan de los Helgueros fue uno de los escultores más representativos de la escultura barroca burgalesa, quien hizo bastantes obras en nuestra provincia, entre ellas la talla de los arcos laterales del coro de la Catedral de Burgos, la escultura del retablo de San Juan de Sahagún para dicha catedral, escultura que hoy se conserva con su primitivo retablo en la parroquial de Vallejera, más otras obras en nuestra capital y provincia (ver el núm. 180 de este Boletín, págs. 722-725). El dorador de las estatuas de Villaveta, que hizo Juan de los Helgueros fue **Francisco González**, «bezino de el lugar de Pedrosa del Páramo».

La obra de las capillas fue hecha por **Alonso de la Peña**, «vezino y residente en aquel tiempo en Villandiego, a quien yo conozí mui biem, i quien le viera digera que no savía labrar un cantto a esquina viba», a pesar de su gran pericia. Las estrellas de las vóbedas de las capillas fueron pintadas por **Antonio Camargo**, «montañés i en aquel tienpo vezino i morador en

la villa de Villasilos», quien renovó también las pinturas del retablo de San Laurencio. De este pintor se conservan varias obras firmadas en esta comarca, sobre todo pinturas de cuadros de Animas, tan típicos y tan en boga en aquellos momentos.

El retablo de N.ª S.ª del Rosario fue hecho por **Manuel Quevedo**, «montañés», y dorado por **Juan Blanco de Espinosa**, «vezino de la Villa de Astudillo», dorador también de mucha actividad en esta zona. Entre otras cosas doró el retablo de San Andrés de Santoyo.

El retablo del Santo Ecce Homo se hizo en el año 1696 por **Melchor del Río** y fue dorado dos años más tarde por **Toribio García** y **Lucas de la Concha**, «vecinos i moradores de la Ziudad de Burgos». Las esculturas las hizo «un maestro de Burgos llamado **Manuel Herrero**».

Mención especial merece el RETABLO MAYOR, de 1689, por la gran personalidad artística de su autor FERNANDO DE LA PEÑA, hasta el momento apenas valorada, y que a partir del descubrimiento de nuestro libro ha visto acrecentarse su figura hasta el extremo de llegar a ser considerado, a decir del profesor Pérez Sánchez, «como la figura más significativa en la arquitectura de retablos en esta zona burgalesa en el último cuarto del siglo XVII».

El retablista Fernando de la Peña, aparte de su perfecto dominio del arte y del oficio, según nos cuenta el autor de nuestro libro «fue de los hombres mas sagaces i ladinos que corriam en aquel tienpo entre ttodos los Maestros de arquitegtura, mui conocido entre todos ellos por sus sagacidades en el ajuste de las obras, i de todos los Clérigos que con el teniam obras, pues fueron mas de setenta y quatro Retablos los que tenía echos cuando hizo éste, i después de éste executtó el rretablo maior de Támara... y otro en Navarrete en la rrioja... otro hizo en la villa de Ontanas en la capilla mayor... i todas estas obras las cojía solo por la sagacidad y maña que tenía tan grande en ajustarlas, por quatro segum traza i condiciones, i después de adiciones i ensanches sacaba una tercera parte más, como suzedió en este rretablo Maior que estando ajustado como estaba en beintemil reales sacó quatro mil de ensanches más del ajuste». Y todo ésto que nos cuenta el autor del libro es de primera mano porque él mismo se vio obligado a tratar intensamente con este artista, lo mismo que con el resto, por

lo que además de certificar todo «con citazión de instrumentos» lo podía hacer también como testigo, pues «baste el aver pasado todo por mi mano i averme costado muchos desbelos el aver tratado con ttantas inpertinencias como los montañeses dam, en particular el Maestro». Otro dato, también de gran interés, que se refleja en este libro es el hecho de dar a conocer que Fernando de la Peña hizo más de 74 retablos. Ello evidencia que este maestro trabajaba en plan empresarial, ya que toda una vida, por larga que sea, no da de sí para llevar a cabo tan alto número de obras de este tipo. Así pues, Fernando de la Peña se desplazaría periódicamente a los diversos puntos donde sus asalariados hacían los retablos para componer con su mano lo fundamental de la obra y ordenar el resto. Es, pues, Fernando de la Peña uno de los primeros artistas españoles conocidos con un alto concepto y práctica empresariales y por ésto no nos extrañan sus dotes y conducta de negociante sagaz, de la cual tanto se queja el autor de nuestro libro. La madera para el retablo mayor fue traída por **Sebastián de la Peña,** «vecino de Mamolar». La parte escultórica fue hecha por **Andres de Monasterio,** «montañés». El pedestal lo hizo **Francisco Camino,** también montañés.

El tabernáculo del retablo mayor es anterior al propio retablo. El autor de nuestro libro no nos da el nombre del artista que los hizo porque «se compró en Burgos este tavernáculo a las Carmelitas» en el año 1626 y fue colocado más tarde en el retablo mayor que hizo Fernando de la Peña. Este tabernáculo es muy bueno e interesante porque su escultura, según la autorizadísima opinión del profesor don Alfonso E. Pérez Sánchez, está vinculada al gran escultor vallisoletano GREGORIO FERNANDEZ. Tal tesis tiene un encaje histórico perfecto. Es sabido que Gregorio Fernández trabajó para dicho convento de las Carmelitas de Burgos y por este motivo nada hay que se oponga a afirmar que la escultura que acompaña al tabernáculo de Villaveta es obra de Gregorio Fernández, que hizo para dicho convento y luego las Carmelitas venden a Villaveta.

El retablo mayor fue dorado después de morir el autor de nuestro libro por lo que en él no consta este dato, sin embargo le conocemos a través de unas notas manuscritas independientes que escribió más tarde otro beneficiado. La labor de dorado fue hecha en los años 1754-1755 por **Juan Barrio** y **José de Oyos,** montañés. Estas mismas notas, que también publica don Al-

fonso E. Pérez Sánchez en su parte fundamental, nos informan que el altar de las Animas fue hecho en el año 1769 por **Manuel de Agreda** y su cuadro fue pintado por **Cristóbal de Villanueva**, ambos vecinos de Burgos.

Y termina nuestro libro, después de haber dado amplísimos detalles de artistas, vicisitudes, circunstancias y precios de toda la obra, con unas páginas dedicadas a «las calamidades i travajos de españa que an sucedido este presente año de mil settecientos i seis», páginas que constituyen «un curiosisimo y directo panorama de la España de la Guerra de Sucesión vista por un modesto cura rural castellano».

Este libro acaba de ser publicado íntegramente por el insigne profesor don Alfonso E. Pérez Sánchez, digno sucesor del gran maestro Angulo y subdirector del Museo del Prado. Con ello ha hecho un gran servicio a Burgos honrándole altamente no sólo por ser autorizada pluma la que ha prolongado y anotado tan magistralmente el texto, sino también por haberle dado a la publicidad en Revista tan prestigiosa y de tanta difusión como es la de la Universidad Complutense de Madrid.

NOTA. — Confirma que el Rodrigo Gil que hizo la traza de iglesia de Villaveta, fue Rodrigo Gil de Hontañón, el hecho de que Rodrigo Gil dtjase la obra de Villaveta en manos de Pedro de Inestrosa. Sabemos que Pedro de Inestrosa fue oficial de Rodrigo Gil de Hontañón, y con él trabajó en la catedral de Salamanca. (Fernando Chueca, «La Catedral Nueva de Salamanca», 1951; pág. 149).

Lázaro DE CASTRO GARCIA

MUSEO ARQUEOLOGICO DE BURGOS

Desde la aventura de muchos siglos, desde la armonía en el tiempo, desde los útiles primitivos hasta la belleza y la mesura, este Museo abierto a todas las brisas de la primavera, puede el visitante aprovecharse ampliamente de la lección que supone este magnífico Museo, con la presencia de las obras maestras del pasado que crean la perspectiva histórica y conducen a la comprensión de nuestra cultura y nuestro presente, y que no se detiene en el aspecto sólo del estilo, sino que profundiza la intención crítica y revela, en las transformaciones, la continuidad de la tradición.

Deambular por el museo inmerso siempre en la síntesis significativa de la realidad que anida en el tiempo en que se realiza, en las fíbulas, las estelas, urnas funerarias, ánforas, vasos, lo hispano árabe, el frontal, etc., con un sentimiento elevado que nos pone en presencia de lo trascendente.

Muchas obras, de la gran obra y la cultura del hombre se han perdido por muy diversas causas, pero la más destructora es la del alma que no las siente. Otras épocas han dejado sucumbir parte de lo que ya no le decía nada. La pereza y el embotamiento de las almas lleva a la destrucción con el fanatismo político o religioso, o a veces el fanatismo estético, o el coleccionismo egoísta y avaro, o cómo la estulticia de aquel sacristán al que compraron la mitad de una pintura en tabla magnífica, con la otra mitad había hecho el asiento de una silla. Cuanto antaño fructificó, rendirá su fruto arrancado de las tinieblas del pasado, en una clara luz vivificante del presente.

Si queremos conocer bien a un hombre, es forzoso verle en su propia morada, en el ambiente que le es propio, y es lo que sucede con el Sr. Osaba y Ruiz de Erenchu, que vive y es su ambiente el Museo Arqueológico de Burgos, y una muestra más es esta magnífica Guía conseguida con amor y precisión. Ya la introducción, que es una ágil y bella historia del Museo se lee de un tirón con enorme interés, como un canto a la magnífica labor y vocación de la ciudad por tener un Museo cada vez mejor dotado. Sobre todo el actual, con el singular y maravilloso marco de la «Casa de Miranda», que el señor Osaba mejora constantemente con especial cariño.

Hemos quedado prendidos por esta Guía del Museo extraordinariamente presentada, tanto en los recuerdos, como en la ordenación y las reproducciones. Felicitamos sinceramente al Sr. Osaba por todo lo que ha conseguido en ella.

R. G. ARCE

BONIFACIO ZAMORA DE USABEL: «Laurel de Yagüe». Imprenta El Castellano. Burgos, 122 pp.

Quizá la figura del poeta de Burgos, don Bonifacio Zamora no sea todo lo conocida que merece en los grandes ámbitos.

Sin embargo, algún día, resultará interesante para muchos, no sólo su obra, sino su vida. Hombre de temple castellano si los hay, sacerdote consciente con muchos años de vida apostólica, muchos años de estudio, muchos años de lucha por España, desde los azarosos días del final de la monarquía, recio, decidido en palabras y en actitudes frente a los enemigos de España, capellán de un escuadrón a pie durante la guerra, poeta siempre, desde que muy niño escuché sus primeros sermones hasta hoy, metido en la setentena de su vida. Su amor a Castilla, su devoción primerísima a la Virgen, quedó plasmada en una excelente **Mariología**, su defensa de los valores españoles, en un libro de poemas de guerra que tituló **Belisonancias**. Poesía popular, inspirada, clásica, pero castiza, a veces con un humor sano y acusador caricaturizante, de la mejor ley.

Así suplo, improvisadamente la presentación del autor que el libro no trae, porque lo ha editado él mismo con una modestia sacerdotal, pero con una justicia que sobrenada en ella, porque justicia merece el héroe castellano que se llamó Juan Yagüe Blanco y fue caudillo de un Cuerpo de Ejército en la guerra de Liberación, el **Marroquí**, que es tanto como decir el Africano, título que le cuadraba bien al general, aún siendo de Castilla y no por completo a sus tropas, porque sólo un tanto por ciento procedían del otro lado del estrello y llevaba con él requetés, falangistas y soldados de línea, peninsulares puros y de tierra adentro.

Don Bonifacio Zamora ha escrito cuarenta poemas, casi cuarenta romances, pues muy pocos dejan de serlo para ser sonetos, casi en absoluto. Y empieza con uno de éstos, que es semblanza valorativa del general Yagüe y dice así en su cuarteto primero:

> Su estampa de Cruzado a la española
> pide marco —su marco— a la Bandera,
> que en la estampa de Yagüe sólo fuera
> digna del marco la Bandera sóla.

Y se siguen los versos del laurel húmedo de las lágrimas de Burgos por su Capitán General, «pena del pueblo que a todos honra» y un canto a San Leonardo de Yagüe, patria chica del héroe, cuya fuente sabe de los silencios y de la meditación de Yagüe junto a ella. Tras lo cual empieza el rosario de roman-

ces, que es tanto como historia cantada. El romance del Gaitero de Gijón, aludiendo a la parte que cupo a Yagüe en la liberación de Oviedo en el octubre rojo de 1934, es uno de los más inspirados del libro:

Sabía el aviador
que llevaba la victoria
con Yagüe en el avión...

Al que sigue el tema del primer martirio de Oviedo, cuando Yagüe sube al Naranco, en la misma línea de inspiración, centrando la tensión dramática: «Todo un monte de pistolas amenaza desprenderse»: Después el itinerario de la Cruzada, donde alternan visiones líricas: «Noche del Llano Amarillo», con las narrativas en romancesco movimiento por los aires, con las «Naves Aladas», o por los «Campos de Extremadura» y el «Romance de Mérida» y la «Jornada de Badajoz»:

¡Ay cuántos cachorros sangran
delante de Badajoz!
Yagüe llora. Aquella sangre
rebota en su corazón.

Y sigue el romance lírico a Madrid, por Oropesa y Talavera, y la resignación del mando. Volviendo los ojos a un Madrid que se alcanza con los ojos. Luego cada romance es una batalla: El Alfambra, el Ebro, Lérida, Tarragona. En «Corazón, yunque de oro» hay una acertada síntesis de la primera etapa, agotadora de sangre y sueño hasta que queda:

Madrid al alcance
de sus ojos. Y sus manos
que no pueden alcanzarle:

En el Alfambra es el socorro a Teruel: ¿Quién a Teruel la mártir no compadece en desventura tanta?» Pasa el Ebro y vuelve a repasarle, en ofensiva y contra ofensiva: «Juego de niños parece y es juego de capitanes». El romance de Lérida tiene aires de nana:

Entre las márgenes rojas
el río Segre
llora en la noche
lágrimas verdes.
Porque Lérida sueña
Yagüe no duerme.

Pero es una nana trágica, como de niña herida de metralla. Pero el poeta sabe bien que Yagüe es el guerrero de Cataluña, el liberador de Lérida, Barcelona y Tarragona. No hay morosa detención en la guerra liberadora de Barcelona. Hay sentimiento en la de Tarragona, con el lirismo más inspirado:

Tres niñas como tres soles,
—los tres soles de Creixell—
a la carretera bajan
rubias como el sol las tres.
Quieren saludar a Yagüe,
si se quiere detener.
O si no, decirle al menos
¡id con Dios, mi Coronel!

Hay en estos cuartetos un fondo cidiano, con la misma sencillez popular que en el viejo poema, mientras que el romance del Llobregat cobra fuerza más ruda e imperial, con recuerdos del Rubicón y el fuerte sonar de las pisadas legionarias. Sólo en su vuelta a Andalucía, etapa final de la guerra, busca Zamora el el endecasílabo que dé grandeza final a los romances: «Otra vez por los campos de Andalucía», «de día hurtando soles, de noche lunas». Pero al final vuelve al romance: «De Almadén a Ciudad Real», todo movido, con aire de alegre prisa por terminar la guerra. Con paz, la despedida a la Legión y la llegada a Burgos:

¡Oh, la ciudad de Yagüe!
¡Y cómo la presienten las alondras!
¡Y cómo la celebra
el sonoro Arlanzón, de boca en boca!

Tras el triunfo pacífico del artífice de la paz, en la capital de Castilla una serie de composiciones a la muerte de Yagüe, desde que le avisa en «Aldabonazos», hasta el acierto del diálogo del General con la muerte: «Yo sé que tú eras, Bandera, su Amada». Un diálogo corrido, exasilábico, ágil, apresurado también entre el hombre que exaltó a la muerte como novia de los suyos y la gran amada silenciosa que le llega en una vejez inmadura. El soneto final está perfectamente depurado, contraste solemne con el diálogo anterior:

Centinela de un frente de avanzada,
sin relevo turnado, fue su vida.
Cuanto más fieramente combatida
tanto más noblemente respetada.
Toda su carne cruz de laureada
con un laurel de sangre en cada herida.
Y en esta cruz, la España redimida,
¡redimida sin ser crucificada!
Así este gran soldado, así este fuerte
Capitán General de los mejores,
que lucha y no se rinde ni se abate, si no es
al enfrentarse con la muerte,
que, vencedora de los vencedores,
dejó su vida fuera de combate.

Todo medido, adecuado a cada etapa de la vida de Yagüe, históricamente fiel y poéticamente inspirado, con unos cuantos cénits de la lírica premeditados, como un desahogo del romance épico en que se desarrolla la crónica cantada. Sabemos del estudio, de la compenetración con la vida de Yagüe que don Bonifacio Zamora sedimentó durante años. Ahora vemos cómo supo tejer datos y versos, diluir el cúmulo de nombres en la fluidez poética del sentimiento, hundirlos en la inspiración, para que emergiesen flotantes, los hitos más brillantes de la epopeya limpia que es la vida de Yagüe. El General de la Cruzada moderna, no cantado hasta ahora, aunque bien lo merecía, precisamente en romance castellano.

José M.ª GARATE CORDOBA
(De la Revista «Policía Armada». Abril 1974.)

INSTITUCIÓN FERNÁN GONZÁLEZ

ACADEMIA BURGENSE DE HISTORIA Y BELLAS ARTES

ACTIVIDAD ACADEMICA Y ACTUACION CULTURAL

CONFERENCIA DE D. FELIX PEREZ Y PEREZ: «EL HOMBRE EN LOS EQUILIBRIOS BIOLOGICOS Y CONSERVACION DE LA NATURALEZA»

La Institución Fernán González, con gran acierto, ha incorporado los temas científicos a las conferencias que viene celebrando periódicamente a lo largo del curso académico. En este día, el 22 de febrero, ha sido D. Félix Pérez y Pérez, Académico Honorario, Procurador en Cortes, vicerrector de Universidad Complutense, el encargado de desarrollar ante numeroso público, entre el que abundaban los universitarios, el tema de interés extraordinario, que enunciamos en el título.

El Sr. Vice-Director de la Institución, D. Ernesto Ruiz González de Linares, fue el encargado de hacer su presentación, ponderando sus altas cualidades de hombre de ciencia y de estudio, ejemplo que deben seguir los jóvenes estudiantes.

El orador comienza con esta afirmación: «La tierra es muy rica, tiene más de cuatro mil millones de años, edad fácil de expresar, pero muy difícil de comprender desde el breve ciclo vital del hombre».

«Científicamente, la vida es inherente a la capacidad de las estructuras para autonutrirse y reproducirse, siendo nutrición y crecimiento las características esenciales de la misma».

Habló a continuación de la aparición de las estructuras vegetales en la tierra, que, movidas por la luz del sol, son capaces de unir elementos simples: oxígeno, nitrógeno, procedentes del aire, suelo y agua, para que sirvan a su propio desarrollo y consumo de otras especies. Los vegetales son los

únicos productores y los animales forman cadenas de consumidores, inteligentemente gobernados por el hombre, el gran macrófago del sistema productivo.

La condición física de la tierra y los límites de su configuración esférica indican que tenemos una cantidad justa de aire, agua y tierra y que todas las cosas son finitas. Por ello el hombre moderno, se encuentra ante los límites del planeta. Esta es la razón de un movimiento filosófico de especial preocupación, que, a su vez ha dado origen a una gran tendencia hacia el estudio de la Biología o ciencia de la vida.

Ecología es la ciencia de la relación de los seres vivos con el medio, así como de los niveles de organización, desde los cromosomas hasta las poblaciones y comunidades animales y vegetales.

Destacó el ecosistema productivo y su condición autotrófica.

Analizó el ecosistema terrestre con sus variantes: tundra, taiga, zona de vegetales caducifolios, chaparral, selva (lluviosa y tropical), sabana y desierto, pasando revista al equilibrio en cada una de las zonas entre el bioma vegetal y el animal.

Analizó igualmente los ecosistemas acuáticos (terrestre y marino) con su mecanismo peculiar de producción de energía y equilibrio biológico, insistiendo sobre el ecosistema de los océanos, ríos, lagos y estanques.

Finalmente expresó el ciclo de los elementos: nitrógenos, oxígeno, fósforo, azufre, carbónico, agua, etc., así como el papel de la industria y del hombre creador de la misma, como responsable de movilización de energía y origen de los elementos tóxicos y reciclaves.

Habló después de la contaminación atmosférica, del incremento de la temperatura del planeta, fusión de hielos polares, incremento de la luz ultravioleta, etc.

Trata de la filosofía del Congreso de Estocolmo (junio de 1972), organizado por los Amigos de la Tierra, para tratar de la contaminación ambiental y la desnaturalización de la Naturaleza. Señaló las medidas tomadas por organismos internacionales, así como la posición de España ante el problema de los equilibrios biológicos.

Terminó con frases de Swaizer, Albert Greet, Moragas, etc. El problema de la conservación del ambiente no es jurídico, sino ético: «El hombre moderno tiene que habituarse a ir perdiendo libertades: libertad para destruir la Naturaleza, con-

sumir innecesariamente, movilizar las reservas energéticas del Planeta, etc., y, ante todo, ha de pensar que este Ser Humano, a quien tanto le gusta ser llamado «imagen y semejanza del Creador», ha de considerar que aun habiendo llegado a hablar idiomas, escribir, componer sinfonías y alcanzar los más altos peldaños del misticismo, es además un ser vivo, integrado en el ecosistema del planeta, donde crece, se reproduce y muere, debiendo encontrar posición adecuada a su naturaleza animal, dentro del ecosistema general.

La conferencia del Sr. Pérez y Pérez, llena de interés científico y humano, expuesta con facilidad de dicción, palabra justa, rigor doctrinal y llena de sabias advertencias para la equilibrada utilización de las fuerzas de la naturaleza en la vida moderna, fue premiada con una bien merecida ovación.

P. S. A.

INGRESO EN LA INSTITUCION «FERNAN GONZALEZ» DEL DOCTOR ARQUITECTO DON MARCOS RICO SANTAMARIA. --- 1 de febrero de 1974

Todo ingreso en nuestra Academia tiene un sentido de natalicio gozoso, de alegre incorporación a esta noble familia cultural. Tal aire se respiraba en la tarde del pasado día 1 de febrero en los Salones de la Diputación Burgalesa por la fiesta y recreación que significaban el ingreso del Doctor Arquitecto, don Marcos Rico Santamaría, en nuestra Institución. Es tan densa la personalidad humana, científica y técnica del señor Rico Santamaría que se sentía hasta una sorpresa por no haberla asociado antes a nuestras tareas.

El Salón de Estrados sirvió de adecuada sede para la recepción. Lo llenaba un selecto público al que presidía el Excmo. Sr. Gobernador Civil de la Provincia, don Jesús Gay Ruidíaz, y los Delegados de Educación y Ciencia y de Hacienda con otras autoridades. La Academia reunía al pleno de sus Académicos de Número, con la sentida ausencia de nuestro Director debida a los achaques de sus muchos años.

Entre los aplausos de los concurrentes, hizo su entrada en el Salón don Marcos Rico, acompañado de los Numerarios Fray

Valentín de la Cruz y don Rafael Núñez Rosáenz. La Presidencia impuso la medalla de la Academia al recipendiario y éste se posesionó del estrado desde el cual dirigió su interesantísima lección.

Tras consignar el sincero agradecimiento del nuevo Académico por su designación, no es fácil sintetizar el tema por él expuesto, «tan vivo y candente como antiguo y actual», según lo definiera en su informe el Censor, Lizondo Gascueña.

Analiza las Bellas Artes (**Protección y Garantía de la Propiedad Intelectual del Artista y de sus obras** es el título de la lección) en su gran campo geográfico y diversas cronologías y dedica, en cuanto concierne a Burgos, un mayor detenimiento. Su premisa fundamental se centra en el solo concepto «La moral del arte» que sólo concibe ética y estética, conjunta y armónica. Cuando se viola tal concepto surgen abusos, naciendo, entre otros, las copias, reformas, atribuciones dudosas, falsedades y plagios.

Analiza la Escultura, desde la helénica, en que la figura humana aparece ya en sus verdaderas formas, hasta hoy, con sus anomalías más destacadas; puntualiza el tema con algunos antiguos y valiosos ejemplos ibéricos. En la pintura describe irregularidades en los museos, galerías y subastas, y la protección que el Estado prodiga velando por la conservación del Patrimonio nacional. De la Música destaca las aberraciones de que son objeto composiciones de autores clásicos y de la Literatura la predisposición casi espontánea a los plagios hasta por autores consagrados y, por último, en la Arquitectura se detiene para hacer patente su poca protección artística.

En ésta, el plagio como tal no se da, pero sí el tergiversado con el asidero de la inspiración a tal o cual edificio o monumento, dando lugar a disimuladas copias insulsas o anodinas, cuando no ridículas. Hace hincapié en el atentado principal: las «reformas», presentando ejemplos que han desvirtuado el arte y belleza originaria. Refiere lo legislado para garantizar la firma del arquitecto en placas o grabados colocados en las propias obras y deduce que no tiene la menor eficacia ni protección intelectual.

Resalta después como de extrema importancia los perjuicios graves e indirectos de las obras arquitectónicas, causados por los inadecuados y obstaculizantes alrededores, presentando como ejemplo vivo nuestra maravillosa Catedral, digna de me-

jor trato, ya que fue obsesivo a través de los tiempos, en reyes, obispos y concejo, despejar y adecuar estos alrededores, objetivo que todavía no se ha alcanzado. Relata el largo historial, fijo en este empeño, coteja con catedrales de toda Europa, hace patentes circunstancias ilógicas como la comparación entre la contemplación de un valioso cuadro por el que el Estado paga un puñado de millones de pesetas, y la valía de la contemplación de la Catedral desde su mejor punto perspectivo; contrasta con la Puerta de Alcalá de Madrid, sin comparación posible, y demuestra cómo merece mayor interés artístico, haciendo ver posibles y fáciles soluciones.

Como final propone soluciones para la defensa del artista y de sus obras, que permitan vigilar y dirimir cuestiones en todas las Bellas Artes sin entrar en el campo judicial, aunque éste pueda ser imprescindible en algunos casos, agotando antes las posibilidades en el mundo artístico. El arte intangible, espiritual y sublime, es a la obra como el alma humana al cuerpo, pero con la diferencia de que esa «alma» perece con la obra al fenecer ésta y para su recuperación no sirve ya todo el oro de la tierra.

El público supo agradecer al doctor Rico Santamaría lo denso y práctico de su lección. Los aplausos rubricaron largamente el interés.

La Presidencia concedió luego la palabra a don José María Codón Fernández, a quien se había confiado la contestación al discurso de ingreso. Con palabra afortunada, el Sr. Codón nos descubrió, en primer lugar, la interesante personalidad de don Marcos Rico: desde el sentido heráldico de sus apellidos hasta su impresionante actividad arquitectural, refiriéndose también a sus dedicaciones literarias y pictóricas. Nos enteramos de que don Marcos, burgalés esclarecido, es a los 24 años arquitecto por la Escuela Superior de Madrid e inmediatamente se nota su estilo de construir en nuestra ciudad. El Hotel Condestable es una de sus primeras obras. Patenta el sistema de **Cuñas Cerámicas,** de tanta practicidad en la edificación. Sus trabajos pueden apreciarse en muchas provincias españolas. En 1960 alcanza el doctorado como arquitecto.

La actividad literaria del doctor Rico Santamaría es convenientemente resaltada en artículos y ensayos y en sus estrenos teatrales, como en **El Alba tardía,** feliz réplica a **La Muralla** de Calvo Sotelo. El señor Codón se adentró luego en el

contenido de la lección que había explicado el nuevo Académico, complementando con agudo análisis las magistrales conclusiones de **Las Bellas Artes, protección y garantía de la propiedad intelectual del artista y de sus obras.** La contestación del señor Codón fue justamente alabada.

Que sienta desde estas páginas el nuevo Académico el regocijo de esta Institución por contarle entre sus miembros.

Fray Valentín DE LA CRUZ

LOS RESTOS DE FRAY DIEGO VELAZQUEZ

Hace algún tiempo (1), publicamos en este mismo Boletín un trabajo sobre Fray Diego Velázquez, el forjador de Calatrava, el héroe nacional —gloria de la Bureba— y al final del mismo manifestábamos serios temores de que sus preciados restos hubieran ido a parar a la fosa común (2).

Hoy podemos ofrecer un resumen del proceso seguido por esos venerandos restos en el espacio de un siglo. La manera como hemos logrado completar los datos ha sido la siguiente.

A poco de aparecer el artículo, recibí una carta del farmacéutico don Pascual Domingo Jimeno Jimeno, de Peñaranda de Duero, persona muy vinculada a la Institución Fernán González, en la cual se expresaba así:

«R. P. Fr. María Damián Yáñez.

San Isidro de Dueñas «Palencia).

Rvdo. Padre:

En el Boletín de la Institución Fernán González, de Burgos, y en el número 175 he leído la conclusión de su interesante trabajo sobre la figura de Fray Diego Velázquez, en cuyo

---

(1) Cfr. *Boletín de la Institución Fernán González*, números 173 (páginas 368-383), y número 175 (pág. 293-308). También hemos publicado otro trabajo casi idéntico titulado *Fray Diego Velázquez, forjador de Calatrava*, en la rev. *"Hispania Sacra"*, vol. XX (1967), págs. 257-281.

(2) Abrigábamos estos serios temores apoyados en una confidencia íntima recibida de un religioso de la Orden, el cual puso los medios para que los restos volvieran de nuevo a ser custodiados por monjes del Císter, pero cuando acudió ya era tarde.

final señala la cita (74), la cual indica el lugar probable donde reposan los restos del verenable monje del Císter.

Efectivamente, los restos fueron recogidos por una persona piadosa y trasladados desde Gumiel a su domicilio particular, y allí han permanecido largos años, hasta que, proclamada la República, y ante el temor de producirse un registro en casa de esta persona de derechas, ya fallecida, sus hijos acordaron trasladarlos al cementerio de la villa de Aranda.

Esta persona, de la cual hace usted referencia en su llamada, fue mi padre, el Dr. Faustino Jimeno Vela; sus hijos, D. Jacinto Jimeno y Jimeno, canónigo Archivero de la Colegiata de Soria y el que estas líneas escribe, fuimos los afortunados de recoger los restos de Fray Diego Velázquez y darles cristiana sepultura en unión del entonces párroco de la iglesia de Santa María de Aranda de Duero (Burgos), Rvdo. D. Julián Muñoz, que rezó emocionado responso.

Esta ha sido el final paradero de este hijo de Burgos, gloria de la Orden del Císter y el que exaltó con verdadero arrojo y lealtad la Orden de Calatrava.

Mi padre publicó un documentado trabajo en el semanario **Hogar y Pueblo**, de Burgo de Osma, en el que da cuenta de las varias vicisitudes que corrieron los venerados restos hasta que llegaron a sus manos.

Me complace apuntarle este dato por si usted desea completar su biografía.

Con mis respetos y saludos se encomienda a sus oraciones.

P. Domingo Jimeno. 3-III-1971».

La manera como llegaron a poder de la afortunada familia Jimeno los restos de Fr. Diego Velázquez está maravillosamente reflejada en el artículo que el Dr. Faustino Jimeno publicó en el semanario católico **Hogar y Pueblo** de Burgo de Osma, en su número 756 de 24 de enero de 1931. He aquí el contenido del mismo.

EL DERRUIDO MONASTERIO DE SAN PEDRO DE GUMIEL DE HIZAN, SEPULCRO DEL VENERABLE PROMOTOR DE LA ORDEN DE CALATRAVA

En mis mocedades, allá por los años de 1871 al 74, cuando cursaba en Madrid mi carrera profesional, era una de mis aficiones favoritas pasarme las horas que las cátedras me de-

jaban libres, sobre todo en los días desapacibles y lluviosos, en la Biblioteca Nacional, establecida entonces en aquel caserón de la calle de Arrieta frente al Conservatorio de Música y no lejos de mi vivienda, alternando la lectura de obras científicas con las literarias o históricas, preferentemente estas últimas, y allí fue donde tomé datos y apuntes de de lo que dice Loperráez del Obispado de Osma, en su Historia, escrita a fines del siglo XVIII, obra que devoré con especial deleite por referirse a cosas y sitios por mí conocidos como hijo de dicha Diócesis y haber recorrido muchos parajes y sitios que en ellas se describen y citan.

Algunos años después, mis inclinaciones por la enseñanza me llevaron a explicar, en un Colegio de la villa de Aranda, fundado por los hermanos D. Felipe y D. Tomás Gil, que más tarde trasladaron a Burgos y entonces dirigía con gran acierto el ilustre exministro arandino D. Diego Arias de Miranda, varias asignaturas del Bachillerato. Fue también en aquella época cuando por desgracias de familia tuve que encargarme de la administración de una hacienda radicante en Gumiel de Hizán, entre cuyos bienes figuraban casi todos los que antes de la desamortización pertenecieron al antiguo y célebre Monasterio de Bernardos, de la Orden del Císter, titulado de San Pedro, sito en las afueras del citado pueblo.

La iglesia y sus dependencias, sacristía y claustros. se hallaban en estado tan deplorable que infundían verdadera lástima, quedando sólo en pie retazos de muros agrietados, algunas arcadas incompletas y desplomadas, bóvedas medio hundidas y parte de la esbelta torre románica coronada por un nido de cigüeña y sostenido por un prodigio de mecánica, pues sus cimientos estaban socavados por la rapacidad de ciertas gentes que sin reparar en los esfuerzos empleados para arrancar aquellos voluminosos sillares y peligro que corrían de que se derrumbase tan importante mole sobre ellos, iban día tras día sacándoles y transportándoles a la villa para edificar sus moradas, no dejando piedra sobre piedra, hasta quedar todo arrasado.

No recuerdo bien, pues va de esto más de cuarenta años, cómo supieron aquellos demoledores del Convento que deseábamos completar nuestro Gabinete de Historia Natural, de cuya asignatura estaba yo encargado, con un esqueleto humano. Lo cierto es que ellos me ofrecieron uno y al inquirir su pro-

cedencia, me informaron que descombrando el pavimento de la citada iglesia y en el mismo sitio que cita Loperráez, descubrieron metido en un arcón de piedra el citado esqueleto, completo y bien conservado, que trasladaron con el arcón a una fábrica de aguardientes del vecino Santiago Santos, sujetando los huesos con alambres ante el temor de que se desuniera y dispersara.

Fue aquello como una revelación que me hizo sospechar si aquellos huesos serían los de Fray Diego Velázquez y deseando salir de incertidumbre me personé en el sitio que los descubrieron y consultando mis apuntes me afirmé en la creencia de que era el mismo señalado por Loperráez en su citada obra de la que literalmente transcribo los siguientes párrafos relacionados con este extremo:

«Al Oriente de la villa de Gumiel de Izán y distancia de un cuarto de legua se halla el Monasterio de Bernardos con el título de San Pedro de Gumiel, manifestando algunos pedazos de la fábrica su mucha antigüedad. El origen de este Monasterio se ignora y sólo se sabe que fue de Monjes Benitos y que estaba fundado en 1073, como resulta de una donación que le hizo en dicho año a su Abad Dn. Miguel Doña Elvira Alfón, dándole a él y al Monasterio el lugar y vasallos de San Martín de Porquera con su jurisdicción civil y criminal, además de todo lo que tenía en Gumiel de Izán, Torrecilla y Torrubia, su fecha en Izán y mes de Mayo, queriendo el maestro Berganza fuere filiación del Monasterio de Silos, por hallarse en la fábrica antigua de uno y otro Monasterio colocadas algunas piedras con un cordero y una cruz.

»En su iglesia, que es antigua, se halla un buen relicario y algunos sepulcros. Muchos han escrito que están enterrados en ella Pedro Bermúdez, sobrino del Cid; el padre de Santo Domingo de Guzmán, y que igualmente lo estuvo Doña Juana Daza su mujer, que después trasladaron a Peñafiel y otros muchos e insignes caballeros; pero lo que yo puedo decir es que no se halla memoria alguna de esto. En el que no hay duda es en el del Venerable Fray Diego Velázquez, promotor principal de la institución sagrada de la Orden de Calatrava y primer prior del Sacro Convento, que está en un arca de piedra muy grande, que se halla colocada debajo de un arca al lado de la Epístola de la iglesia antigua que ahora sirve de sacristía, pues aunque el epitafio que tuvo está gastado y no se puede

leer, resulta de las Memorias del Monasterio cómo se retiró a él cargado de años y de méritos y que murió el año 1196, muy oprimido de sentimiento y dolor por saber que los moros habían vuelto a tomar Calatrava y otros muchos Castillos de la comarca (3)».

Que el ínclito consejero de S. Raimundo de Fitero fue enterrado en el Monasterio de Gumiel, lo confirma otro historiador contemporáneo de tan preclaros varones y tan reputados como el prelado toledano Don Rodrigo Jiménez de Rada en las siguientes frases: «Mortuus autem sepultus est in villa quae Cirolos dicitur prope Toletum, ubi Deus per eum, ut fertur, plura miracula operatur (refiriéndose a San Raimundo), Didacus autem Velasci postea... Quem etiam memini me vidisse et obiit in monasterio Sancti Petri de Gomelo».

Ante la idea de que los preciados restos fueran objeto de nuevas profanaciones, lo que en un principio me pareció repulsivo negándome a recibirles, consideré después como un acto piadoso retenerlos en mi poder con ánimo de volver a depositarlos, si no en el mismo sitio, hoy abandonado erial cubierto de escombros y malezas, en otro más digno del que con muchas y buenas razones persuadió al abad Raimundo se encargase de la defensa de Calatrava, abandonada por los Templarios.

Azares de la vida me obligaron a salir de Aranda sin llegar a realizar mis buenos propósitos, dejando en un sitio reservado de mi casa aquellos sagrados restos, conservados a modo de reliquia, y en espera de ocasión propicia para trasladarlos al lugar en que merece reposar definitivamente el que en vida fue noble caballero por su estirpe, su prudencia y sus virtudes, invicto como guerrero y humilde en el claustro, que después de haber ofrecido a la Patria su brazo varonil, quiso consagrar a Dios las canas de su vejez, primero en el Monasterio de Fitero y en el de San Pedro de Gumiel después.

Son los continuadores de aquella gloriosa Orden, los Caballeros que visten alba túnica de lana, cruzada con las cuatro lises rojas, los más interesados en que tales restos tengan una sepultura apropiada a su alto rango; y si mi afirmación sobre su autenticidad juzgasen aventurada o demasiado atrevida ex-

---

(3) *Historia del Obispado de Osma*, t. I, c. X. Octavo arciprestazgo de Aranda.

ploren el sitio indicado por Loperráez y vean si encuentran allí entre los enterramientos que enumera el arca de piedra que él vio y asegura que encerraba los susodichos restos.

Es el medio más directo de averiguar la verdad y saber si fui yo el engañado por los que bajo su palabra y con la garantía de su firma en documento que conservo me cedieron aquellos restos objeto de este desaliñado artículo.

Dr. F. Jimeno. Aranda de Duero, enero de 1931».

Así transcurrieron los años. La familia Jimeno seguía custodiando reverentemente aquellos venerandos restos y por otra parte no cesaban de instar a personalidades, jerarquías, comunidades, para lograr se hicieran cargo de los mismos con objeto de proporcionarles enterramiento adecuado.

A pesar de este afán, de todas partes surgían dificultades, cuando no se daba la callada por respuesta. No es de extrañar, pues coincidió con la caída de la Monarquía y el advenimiento de la República con su secuela interminable de desórdenes, carencia de paz, caos absoluto en toda la nación.

Luego, la guerra anticomunista, segunda de los años difíciles de la postguerra recrudecidos con el bloqueo a nuestra nación de las principales potencias.

Consta que las primeras gestiones realizadas por la familia Jimeno para lograr encontrar un lugar adecuado para guardar los restos del héroe de Calatrava, fue ya en 1929, y desde esa fecha, a pesar de las circunstancias anormales no cesaría de importunar a una parte y a otra con los mismos fines hasta 1946 en que se hizo la última tentativa, y precisamente con los monjes del Císter.

El último ofrecimiento hízose, efectivamente, al abad de San Isidro de Dueñas en los primeros meses de 1946, pero cuando se contestó del monasterio, ya era tarde. La siguiente carta del entonces secretario de la Comunidad (4) refleja el interés de los monjes para hacerse cargo de los restos de Fr. Diego Velázquez:

— PAX —

«Abadía Cisterciense de San Isidro de Dueñas.
17 de julio de 1946.

(4) El secretario de la Comunidad en aquella época era el R. P. Honorio Arce Mata, burgalés de Ubierna, hoy destinado en el monasterio de Osera (Orense).

Sr. D. Jacinto Jimeno, Pbro.
Aranda de Duero.

Muy distinguido señor nuestro: Hace ya bastante tiempo que se recibió aquí una carta que el R. P. Miguel de la Sagrada Familia dirigía a nuestro R. P. Abad y otra que adjunto mandaba para V.; pero nuestro R. P. Abad no se pudo enterar de su contenido hasta estos días, ya que después de pasar un mes en el extranjero para asistir al Capítulo General de la Orden, ha tenido que visitar últimamente las distintas casas de la Orden en España.

En dicha carta el R. P. Miguel indica que la familia de V. posee los restos de nuestro Venerable Fr. Diego de Velázquez y nos manifiesta la conveniencia de que nos hagamos cargo de tan preciosas reliquias y trabajar por conseguir su canonización. Por cierto que para nosotros sería un gran honor poseer tales reliquias, aunque luego más tarde se las cediéramos, por lo menos parte de las mismas, a las MM. Calatravas, ya que fue, juntamente con N. P. S. Raimundo de Fitero fundador de dicha Orden.

Deseamos nos indique si su familia está dispuesta a desprenderse de los venerables restos y, en caso afirmativo, cuándo nos convendría ir a recogerlos.

Reciba muy afectuosos saludos del R. P. Abad y en unión de oraciones quedo de V. affmo. s. s. en Xto.

Fr. M.ª Honorio Arce, Secretario».

Cuando llegó esta carta, era ya tarde. La familia Jimeno, cansada de esperar y de recurrir infructuosamente a tantas puertas, optó por darles cristiana sepultura en el cementerio de Aranda de Duero y no se volvió a hablar más sobre el asunto.

Al cabo de los años apareció en este Boletín la sencilla semblanza del personaje más grande de la Bureba, a la cual se refería la carta amabilísima de D. Pascual Domingo Jimeno que queda referida al principio.

Inmediatamente nos pusimos al habla con él para ver si todavía era posible localizar el sitio donde fue inhumado el preciado tesoro. He aquí la contestación:

«Peñaranda de Duero, 1.º de abril de 1971.

R. p. Fr. M.ª Damián Yáñez.

San Isidro de Dueñas.

Rvdo. Padre: Me ha de perdonar si he retrasado la contestación a su carta del día 8 del pasado mes; he revuelto infini-

dad de papeles relacionados con la vida de mi padre y no he logrado encontrar el artículo que publicó relacionado con los restos del V. Diego Velázquez. Pero con el afán de encontrarlo he recurrido a la Editorial donde se tira el Semanario «Hogar y Pueblo», que ahora está en Soria, y por mediación de mi hermano D. Jacinto que fue director de este periódico hemos conseguido sacar una copia del n.º que tienen encuadernado en el Archivo, copia que adjunto envío y que no dudo le ha de resultar interesante para su estudio.

También envío una carta que ha aparecido entre los papeles de mi padre, dirigida a mi hermano Jacinto, procedente de esa Abadía Cisterciense, fechada en julio del 46, donde ya se promueve el traslado de los restos del P. Velázquez a manos de la Orden.

Se ofrecieron también al conde de Laurencín y del Infantado, caballeros de Calatrava, y a las Monjas de esta Orden residentes en Madrid; esto por los años 29, 42, 44 y 46, sin que se llegara a cosa definitiva. Hoy, como le decía en mi anterior carta, estos restos venerables descansan en el Cementerio de Aranda de Duero.

Han pasado muchos años y no sé si sería fácil localizarlos, ya que no se puso señal alguna y el sepulturero de aquel entonces falleció, teniendo también en cuenta que el Cementerio está totalmente lleno y hasta que se inaugure el nuevo se entierra ya hasta en los paseos.

Pascual-Domingo Jimeno».

Después de recibir esta carta, no hemos querido insistir en más averiguaciones por creerlas ineficaces. Tal vez efectuando excavaciones en la zona que sin duda recordarán los dos supervivientes a la inhumación, podía dar resultado positivo, teniendo en cuenta el detalle inconfundible de hallarse los huesos engarzados con alambre...

Un último dato queremos añadir aquí. Fray Angel Manrique —otro hijo de Burgos— autor de los incomparables Anales Cistercienses, al hablar de Fr. Diego Velázquez, le da el título de Santo: «A San Diego Velázquez, compañero de San

---

(5) Fr. Angel Manrique: *Santoral Cisterciense*, Burgos, 1610, libr. II, fol. 249.

Raymundo, pone Arnoldo Vbión entre los santos beatificados de nuestra Orden, y el mismo título tiene en el Monasterio de San Pedro de Gumiel (5)».

Doble motivo para que los burgaleses sientan todavía más interés por este gran hombre que a su bravura y patriotismo unió el no menos honorífico título de santo.

La Bureba, que exhibe con orgullo el monumento al Pastor en un punto estratégico de la ruta hacia Europa, está en deuda con este hijo ilustre, necesita levantar otro a Fr. Diego Velázquez en lugar bien visible, como testimonio perenne de agradecimiento a quien supo hermanar tan maravillosamente los dos amores de Religión y Patria.

Fr. M.ª Damián YAÑEZ NEIRA

IN MEMORIAM

RECORDANDO EL HECHO DEL PRIMER CENTENARIO DEL NACIMIENTO DE DON ELOY GARCIA DE QUEVEDO Y CONCELLON

El año en que vivimos, 1974, se cumple el primer centenario del nacimiento de aquel insigne caballero, burgalés de pro, que se llamó Don Eloy García de Quevedo y Concellón.

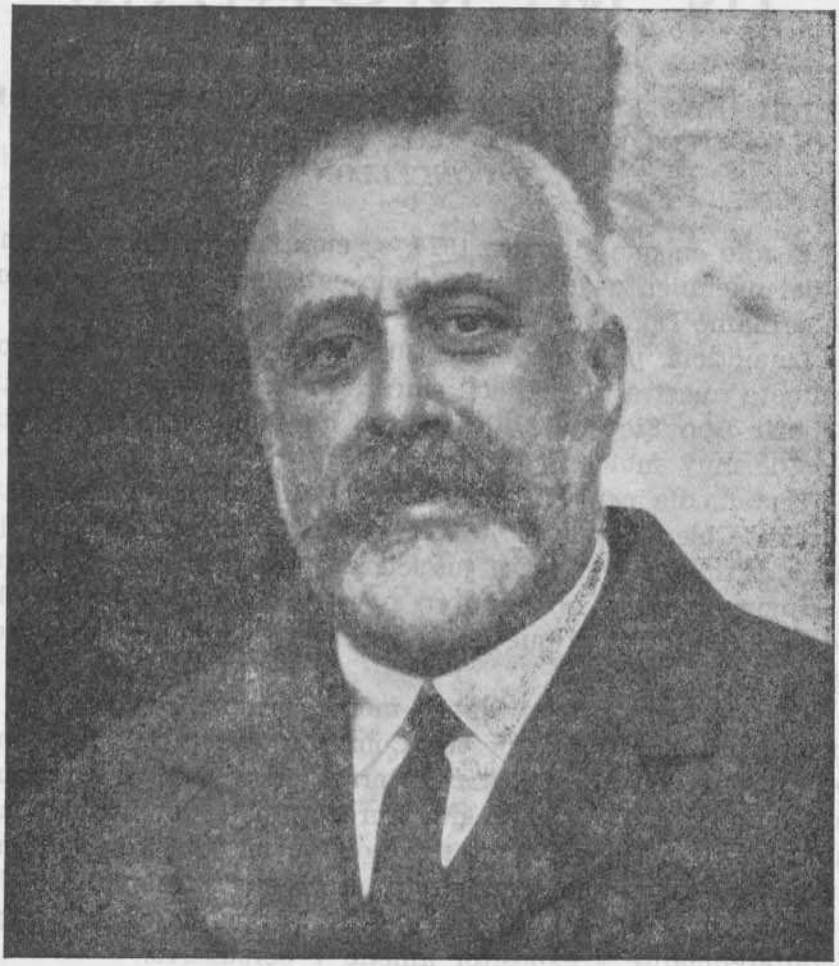
La noticia, pese a los casi 30 años transcurridos, agarrota y embota nuestra pluma, con sincera amargura que no en vano al morir Don Eloy bajó al sepulcro un recio caballero y burgalés de muy subidos méritos.

Una media centuria bien corrida de actuación ciudadana y docente bien digna de imitar, se cerró con su óbito ya que puede afirmarse con frase justiciera que, en el correr de más de cincuenta años, no hubo en nuestra ciudad empresa noble o empeño cultural al que no se asociase su nombre y su prestigio.

Catedrático desde sus años mozos, académico, cronista de Burgos, presidente de nuestra Comisión Provincial de Monumentos, Caballero de Ordenes diversas, fueron entre otros muchos los principales títulos que aureolaron el nombre del burgalés ilustre que hace 29 años se nos fue; el cual a la vez, supo ser periodista galano y avispado, escritor profesional, erudito y castizo, investigador afortunado del Burgos de otros tiempos y conferenciante y expositor ameno y persuasivo.

Pero con ser esto tanto, no integró sin embargo la faceta más noble de aquella ilustre vida. Lo que ante todo y sobre todo quiso y consiguió ser García de Quevedo, fue un maestro y educador, constantemente grato de sus alumnos —verdadera legión—, que en el correr de más de cuatro décadas pasamos por su cátedra. Durante cuarenta y cuatro años se dejó oir día a día, su voz autorizada y de ellos al través de cuarenta bien corridos, se expandió su docencia en aulas burgalesas hacién-

donos saborear, con espiritual y noble regodeo, las bellezas sin par del habla castellana, siendo tarea fácil el espigar en el correr de tan largo período los frutos de un ingenio despierto, de una erudición amplia, de una charla insinuante y de una



D. Eloy García de Quevedo y Concellón

amable y justa tolerancia que supo hacerse a la par respetar y querer, presidiendo su clase no como un monstruo de tortura, espiritual y aun física, sino como recinto grato y acogedor en el que siempre supo hallar el alumno manera placentera de aprender deleitándose.

Sobre el dintel de entrada al aula en la que tantos años

ejerció su docencia puede leerse el texto justiciero y a la vez cariñoso del recuerdo que millares de alumnos le dedicamos, lápida que recuerda a las generaciones venideras en su recinto austero y recoleto supo García de Quevedo rendir día tras día bellas batallas de estilo y de cultura y de burgalesismo.

Aunque su fuerte vocación hacia las tareas del espíritu le apartaron de los campos de la política nunca la rehuyó cuando su colaboración fue solicitada, cumpliendo como él sabía hacerlo los deberes de la ciudadanía, desempeñando con honesta y competente decisión cargos en la Diputación y Ayuntamiento de nuestra capital, cabiéndole el honor de haber sido elevado por el voto unánime de los concejales a la caída de la Dictadura el honroso cargo de Alcalde de nuestra capital, cargo que desempeñó con la dignidad y competencia que le eran anejas.

Pero con ser muchos los merecimientos bien destacados de Don Eloy García de Quevedo, hemos silenciado —de propósito—, hasta el final el dar a conocer su obra cumbre por la trascendencia posterior que ella tuvo y seguirá teniendo en el curso de años posteriores. Nos referimos al hecho de haber sido el fundador entusiasta, tenaz y decidido de aquella en un principio modesta publicación que se llamó «Boletín de la Comisión Provincial de Monumentos Históricos y Artísticos de Burgos». Con fecha de 15 de diciembre de 1922 (o sea hace 52 años), veía la luz el primer fascículo de esta benemérita publicación, en la que Don Eloy ayudado por una escasa pero erudita nómina de generosos cultivadores del arte y de la historia, comenzaba a ofrendar los frutos de su saber y de su experiencia. El Boletín —cosa lógica—, siguió regido por tan experto timonel, hasta que Dios en sus secretos designios se lo llevó a su seno, ascendiendo a 87 los ejemplares que bajo su acertada dirección se lanzaron al público. La revista no murió con su fundador, sino que acogida por la Institución Fernán González, Academia Burgense de Historia y Bellas Artes, como órgano autorizado de su expansión cultural, lleva actualmente publicados 181 números de muy diversa paginación ya que en algunos éste asciende a 250 páginas, integrando una colección de 20 gruesos tomos que abarcan en su contenido más de 18.000 páginas en su totalidad, publicación conocida y leída no sólo en España, sino en el extranjero (Europa, América y aun en Asia). En ella colaboran además de los Académicos de todas clases, todas aquellas personalidades que por su solvencia co-

nocida en estas nobles lides del espíritu son merecedoras de ello, constituyendo sin discusión posible, el hontanar más cumplido y abundante de cuanto abarque historia y literatura principalmente burgalesas. Nuestro Boletín con noble orgullo de nuestra Institución, es obra pues, y así deberá reconocerse públicamente, hijo legítimo de aquella modesta publicación que Don Eloy García de Quevedo iniciara en 1922, y que sin claudicaciones ni desmayos, sigue hoy la ruta que el fundador la infundiera, procurando en todo momento ser órgano adecuado de la cultura no sólo burgalesa sino universal y a la vez el instrumento de que nuestra Corporación se vale para tener establecido un intercambio cultural con más de 100 publicaciones españolas y extranjeras. Creemos —en estricta justicia—, que este recordatorio resultaría insuficiente si no hubiésemos realizado el necesario hincapié en la cita de la fundación de este Boletín en la aparición del cual Don Eloy luchó como un valiente no tan sólo con su magisterio y autoridad espiritual sino con su dinero. Por tan ingente como loable labor honor a su memoria.

Por designios Divinos hace 29 años se nos fue el maestro, amigo y compañero dejándonos en la historiografía local un hueco en verdad difícil de llenar. Mi pluma emocionada y movida —pese a los años transcurridos—, más por el corazón que por la mente, quiere rendirle hoy al recordar la primera centuria de su nacimiento, este último tributo de amistad y cariño. Dé Dios paz a su alma y Burgos el honor que es debido a su buena e imperecedera memoria.

Ismael GARCIA RAMILA

ACUERDOS Y NOTICIAS

DON JOSE LUIS DE URIBARRI ANGULO, NUEVO ACADEMICO NUMERARIO DE NUESTRA INSTITUCION

En la Junta mensual reglamentaria correspondiente al pasado mes de marzo, fue designado, por el voto unánime de los a la misma asistentes, miembro Numerario de esta Institución, Don José Luis de Uribarri Angulo, personalidad en la que concurren los suficientes méritos y circunstancias para hacerle dignamente figurar entre nosotros.

El nuevo académico es Consejero provincial de excavaciones arqueológicas y director del servicio provincial de investigaciones espeleológicas por designación de la Diputación Provincial.

Esta Institución Fernán González, se considera honrada por contar entre sus miembros a esta docta personalidad, bien conocida de nuestros lectores por sus autorizadas colaboraciones en nuestro Boletín, y espera confiada que las actuaciones del nuevo compañero sirvan de honra y provecho para la Academia. Cordial enhorabuena.

HOMENAJE A LA MEMORIA DE JOSE DE LUIS MONTEVERDE

La Sociedad Iberoamericana de Estudios Numismáticos, de Madrid, en el cuadro del Curso académico 1973-74, ha conmemorado a un insigne burgalés, gran prehistoriador, arqueólogo y numismático, a don José de Luis Monteverde, con una conferencia del catedrático de la Universidad de Barcelona, don Felipe Mateu y Llopis. El título de su conferencia ha sido: «Un gran numismático burgalés: don José de Luis Monteverde».

El acto tuvo lugar el jueves 28 de febrero de 1974, a las 19 horas, en el salón de actos de la Fábrica Nacional de Moneda y Timbre, de Madrid.

La sesión se abrió con las palabras de presentación del conferenciante y del tema, por el profesor don Aurelio Rauta, de la Universidad de Salamanca, en su calidad de vicepresidente de la Sociedad.

Primeramente excusó la ausencia del presidente, don Antonio Beltrán Martínez y del director de la Fábrica, don Ramón Benavides, quienes transmitieron un efusivo saludo y el sentimiento de no poder tomar parte a este acto como hubiera sido sus deseos, ya que la memoria de José Luis Monteverde quedaba viva en la mente de todos los que le conocieron y trataron.

Empezó el conferenciante por recordar los datos biográficos: don José de Luis Monteverde nació en Burgos el 29 de noviembre de 1888, hijo de don Emilio de Luis y Nora, alcalde que fue de Burgos y de doña Francisca Monteverde.

Casó con doña Julia Hernández, que vive residiendo en la calle Huerto del Rey, número 2, junto con sus hijos y nietos.

Su gran vocación por la numismática y arqueología lo llevó desde muy joven a dedicarse de lleno a todo lo que significaba el descubrimiento de algún tesoro de monedas o de otro objeto arqueológico.

Ya en 1927 exploró el Alfoz de Lara, donde descubrió la iglesia visigoda de Quintanilla de las Viñas. Recorrió permanentemente en busca del pasado, lugares camo Osma, Castrojeriz, Roa, Miraflores, Las Huelgas, Numancia, Clunia, Briviesca. Toda la zona burgalesa, en Soria y la cuenca del Duero y Ebro, haciendo excavasiones, restaurando monumentos, etc.

Fue una verdadera autoridad en Numismática, gran experto y conocedor de las monedas ibéricas y castellanas principalmente.

Publicó artículos en el Boletín de la Comisión de Monumentos y de la Institución Fernán González de Burgos, en «Ampurias» de Barcelona, en El Archivo Español de Arqueología de Madrid, en Zephyrus de Salamanca, etc.

Fue delegado provincial de Excavaciones, Comisario de la segunda zona del Patrimonio Artístico, Conservador de las Huelgas y del Hospital del Rey en Burgos.

Académico correspondiente de la Academia de Historia, Miembro de la Orden de Alfonso el Sabio. Fue distinguido con la Encomienda de la Orden del Mérito Civil, con la Medalla de Plata de la ciudad de Burgos.

Mantuvo una vasta correspondencia erudita con diversos estudiosos; fue socio muy distinguido de diferentes sociedades numismáticas obteniendo la medalla de oro de la Exposición Nacional de Numismática de Madrid en 1951, por una serie de monedas medievales castellanas, siendo un gran coleccionista y apasionado investigador.

Su bibliografía debe ser tenida muy en cuenta, en lo que se refiere al estudio de la moneda española.

Murió el 20 de mayo de 1966 a los 77 años de edad.

Con palabras surcadas de gran emoción el profesor don Felipe Mateu y Llopis, cerró el acto, que fue muy aplaudido delante de un numeroso público, que llenaba la sala, entre los cuales hay que mencionar un gran número de amigos y parientes.

I. G. R.

HALLAZGO EN BELORADO DE UNA OLLA ROMANA

Su antigüedad se cifra en unos 1.700 años y se encuentra completamente intacta

En el lugar denominado de «La Mata», en la localidad de Belorado, en una finca de labor, cuando araba el labrador y vecino de esta localidad don Félix Calvo, se percató de que el arado había tropezado con algo extraño. Detuvo su trabajo y procedió a extraer el objeto con el que su máquina había tropezado, en cuya labor fue ayudado por su convecino y también labrador, don Pedro Alonso Sancha. Tras breve trabajo de separar la tierra con la mano, ambos labradores lograron desenterrar una olla de grandes dimensiones que aparecía completamente intacta y prácticamente limpia, ya que la pieza estaba resguardada por una gran teja.

El descubrimiento fue comunicado a la alcaldesa belifórana, doña Gerarda Castro quien a su vez lo transmitió al concejal y diputado provincial por el partido, don Máximo Izquierdo Calleja. Alcaldesa, diputado y los concejales don Paulino Castro y don Pedro Alcalde se trasladaron al citado lugar.

De los primeros estudios se dedujo que la olla pertenecía a la época del Imperio Romano.

Ayer, lunes, se desplazó a Belorado el consejero provincial de Arqueología, don José Luis de Uribarri, quien estimó que podía tener una antigüedad de 1.600 a 1.700 años. Con todo género de precauciones fue trasladado el hallazgo al Ayuntamiento de Belorado.

La aparición de la olla y anteriormente —hace unos dos años— otras piezas —tres en total— de la época romana, hace suponer que en terreno beliforano existe un importante campo arqueológico, de la citada época.

Según nuestras noticias, del hallazgo se dará cuenta oficialmente, para que se inicien las gestiones oportunas por parte de los servicios arqueológicos.

NOVEDAD EDITORIAL

Con motivo del IX Centenario de la muerte de Sto. Domingo de Silos ha aparecido el primer volumen de una serie de seis, que abarca la historia de la Congregación de San Benito de Valladolid y de sus monasterios capitulares.

La obra se titula: «Los Generales de la Congregación de San Benito de Valladolid», escrita por el P. Ernesto Zaragoza Pascual, monje de Silos, quien usando del valioso archivo de su monasterio ha impreso este primer volumen de la que será la historia de la citada Congregación y la de la reforma de los monasterios españoles. En este primer volumen aparece la historia de la reforma de los monasterios de Valladolid, Oña, San Juan de Burgos, Sopetrán, Zamora, El Bueso, Frómista, Liébana, Montserrat, Nájera, San Millán de la Cogolla y los más importantes del Reino de León y Galicia.

De esta obra dice el P. Justo Pérez de Urbel: «Este libro nos da una visión más completa, más viva, más exacta que todo cuanto teníamos hasta ahora... Hay en él muchos datos y muchas ideas nuevas, hay textos documentales hasta ahora desconocidos y la misma visión del conjunto está llena de novedad y por tanto de interés.

Este primer volumen abarca desde 1390 a 1499, la época del gobierno de los Priores Generales. Tiene un formato de 23,50 por 16,50 cms., cubierta plastificada a doble color, 300 páginas de texto con abundante bibliografía, 35 páginas de documentación inédita, 5 índices y más de 1.200 notas y va precedido de un prólogo del P. Justo Pérez de Urbel.

Precio ejemplar: 300 pesetas. Como la edición es muy limitada, se sirve por riguroso orden de pedido.

Esta colección no debe faltar en ninguna biblioteca importante. Pedidos al Rdo. P. Clemente de la Serna, Abadía de Sto. Domingo de Silos (Burgos).

UN VALIOSO TROZO DE NUESTRAS MURALLAS DESCUBIERTO

Junto a la esquina de la Plaza de Alonso Martínez, a la subida de la calle de la Trinidad, conocida como de la «Clínica de Vara», al efectuarse el derribo de una antigua edificación, ha aparecido, perfectamente conservado, un buen lienzo de las murallas de la ciudad, coronado de vestigios de saeteras o barbacanas. Ello permite precisar la dirección de la muralla y despeja un terreno desde el que puede contemplarse desde lejos la precisa portada lateral de la iglesia de San Gil.

Para la fisonomía de Burgos, ciudad histórica y artística, es un afortunado hallazgo. Nos limitamos a registrarlo y ya decidirán los organismos municipales, monumentales y artísticos y de la Vivienda, lo procedente.

El ferviente deseo de muchos burgaleses con sensibilidad será que se conserve esta reliquia de nuestro pasado. No vaya a ocurrir como lo que sucedió con otro trozo de muralla aparecido hace cuatro años junto a la iglesia de Santa Agueda. Esta construcción defensiva, probada que el recinto amurallado que circundaba Burgos en la Edad Media, con sus noventa y tres torres o cubos que cobijaban a unas calles típicas, estrechas y abigarradas, iba desde la puerta de Santa María a la iglesia juradera, a menos que hubiese una segunda línea de muralla interior; pero confirma la primera hipótesis porque existe la certidumbre de que una de las puertas de la ciudad se llamaba, precisamente, de Santa Agueda, y tenía dos arcadas góticas y dos cubos.

Entonces dimos la noticia, verbalmente «a quien correspondía» y la muralla, que no tenía la categoría de la actualmente descubierta, se derribó, para sustituirla por una casa que desentona de la noble calleja y plazoleta monumental allí situadas.

No damos una voz de alarma, sino un modesto toque de atención, porque un arquitecto, enamorado de su oficio de pro-

fesional de las bellas artes, podría sacar un inmenso partido de la zona del muro bien aparecido, a base de escalinatas y jardines que pudiesen permitir el gozo estético de enlazar con la vista este trozo de muralla con la hermosura de la iglesia de San Gil.

Las murallas de la ciudad eran en Roma y, en Castilla, hasta el siglo pasado, «cosas santas».

Significaban la defensa contra enemigos y escaladores, y el que no penetraba en la ciudad por las puertas, era reo de muerte. Las Partidas del Rey Sabio, Título XXIII, leyes XV y XVI de la Segunda, hacían suya la trágica fuerza del ejemplo de Rómulo, fundador de Roma, que estableció que quien no penetrara por las puertas de la muralla de la ciudad madre de nuestra civilización «perdiese la cabeza». Lo recuerda el Código de las Siete Partidas y lo deja en vigor. Por eso dice Lucano que al quebrantar su hermano Remo la prohibición, Rómulo le mandó degollar: Con la sangre lustral de Remo se regaron las murallas de la Ciudad».

¿Qué diría el sabio Rey burgalés si por incuria no conservamos la propia muralla y se vuelve a cubrirla o derribarla con una edificación funcional?

Conservamos cinco puertas de acceso al Burgos antiguo, gracias a Dios, y se está obrando en la de la Judería, colocada junto al torreón de Doña Lambra en el Paseo de los Cubos: la puerta de San Martín, mudéjar, por donde entraban las comitivas reales. (En el siglo XVI dotada todavía con arcos de ingreso). La de San Esteban, a la que en 1523 se llamaba ya «la vieja». Hoy está estropeándose. Ese trozo de muralla sirve para que en las esquinas de las torres albarranas se asen chuletas, y los ladrillos y piedras se desmoronan lentamente. La de San Gil, con torre superior, agrandada por Juan de Vallejo. La de San Juan, por donde penetraban los peregrinos del Camino de Santiago. (Debió ser arreglada su anterior tosquedad en el siglo XII, transformándola el maestro renacentista citado). El cubo situado a pocos metros, conserva plantas parásitas y un nogal bastante talludo que contribuye a estropearle. La puerta de Santa María existía ya en el siglo XIII. Se hizo su torre en 1322 y hacia el año 1450 la perfeccionó el alarife Yusuf de Carrión. La fachada actual, verdadero retablo de Castilla, la hicieron nada menos que Francisco de Colonia y Juan de Vallejo, en honor del Emperador Carlos I.

Las puertas desaparecidas eran las de San Pablo, que llegaba al Mercado Mayor o de la Comparada, por dar a esta calle; la puerta de las Carretas, colocada donde está el Ayuntamiento. Su torre se desplomó en la gran riada de 1527 y la puerta de Santa Gadea que se abría en la de Girón y conducía por la calle de su nombre hasta la iglesia juradera, como decíamos antes.

Juntos el sentido histórico-artístico de nuestra Corporación municipal, la Delegación de la Vivienda y este magnífico elenco de arquitectos burgaleses, estamos seguros que darán una solución, que se percibe clara: conservar la muralla en favor de la fisonomía de la zona, sin perjuicio de respetar los intereses particulares.

Del «Diario de Burgos», 6 de junio de 1974.

José María CODON
(Cronista de la Ciudad y de la Comisión Municipal de Ornato).

ENTREGA DEL PREMIO «FERNAN GONZALEZ» AL POETA BURGALES, BERNARDO CUESTA

7 de junio de 1974. En el salón de estrados del Palacio Provincial tuvo lugar la entrega del premio anual «Fernán González», instituido por el insigne mecenas don Conrado Blanco Plaza y una interesante conferencia del profesor José A. Abásolo, de la Universidad de Valladolid, dentro de la sesión de clausura del curso de la Institución Fernán González.

En la presidencia del acto se encontraba el presidente de la Diputación Provincial, doctor don Pedro Carazo Carnicero, y el diputado provincial don Alfonso del Pozo, acompañados de los académicos de la Institución, asistiendo un selecto auditorio que casi llenaba el recinto de esta sala.

Primeramente pronunció unas palabras el vicedirector de la Academia, don Ernesto Ruiz González de Linares, para hacer la presentación del conferenciante, el ilustre profesor Abásolo, de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Valladolid, que ha realizado muy interesantes investigaciones arqueológicas sobre la ciudad romana de Lara de los In-

fantes, perteneciente al convento jurídico-cluniacense. Luego exaltó la obra literaria del poeta burgalés don Bernardo Cuesta Beltrán, ganador del premio «Fernán González» con su obra presentada bajo el lema «Garcilaso» y le felicitó cordialmente.

El secretario de la Institución, don Pedro Sanz Abad, dio lectura al acta del fallo del jurado y la presidencia entregó a Bernardo Cuesta el premio de cincuenta mil pesetas, entre los aplausos de todos los asistentes.

El poeta galardonado dio lectura a tres fragmentos de su magnífica obra poética, ofreciendo al final un formidable soneto dedicado a un río, que mereció, como los anteriores, los cálidos aplausos de los asistentes.

Posteriormente el profesor Abásolo hizo uso de la palabra para agradecer la presentación que le había hecho el profesor Ruiz González de Linares, diciendo que era burgalés y que a Burgos sigue vinculado por sus trabajos arqueológicos. Dijo que la ciudad romana de Lara de los Infantes tiene una importancia singular, acaso no muy conocida y que su disertación iría encaminada a presentar el resultado de ese trabajo investigador concretado en las estelas hispano-romanas que nos revelan el interés histórico e incluso artístico y, por supuesto, arqueológico de ese lugar. Ahora se valora más la civilización romana y se estudian sus enterramientos, sus costumbres, sus destinos, sus gustos, en una palabra, del gran imperio de la vieja Roma. Los trabajos han permitido contar con un verdadero arsenal de objetos que hablan de todas esas costumbres, de las pequeñas cosas de estos pueblos que hasta ahora no eran conocidas. Un total de 200 estelas aparecidas hablan de la trascendencia histórica de Lara de los Infantes, pertenecientes al Convento Jurídico de Clunia. Sus creencias, su simbología y su contenido pueden estudiarse en estas estelas bélicas, de oficios, de banquetes y cinegéticas. Uno de los yacimientos más importantes de la Península por el número y el interés de las estelas es este de Lara. Todas ellas se muestran en el Museo Arqueológico Provincial, agradeciendo al director del mismo, don Basilio Osaba y Ruiz de Erenchu, que se encontraba en la sala, la colaboración prestada para realizar este trabajo. Bajo el punto de vista simbolístico y de contenido, el profesor Abásolo explicó luego con diapositivas en color cada una de estas estelas y al final fue muy aplaudido y felicitado.

En el pasado agosto falleció en Barcelona, como integrante de la entidad religiosa denominada Cottolengo del P. Alegre la virtuosa dama que en vida se llamó doña Eulalia de Cáceres, fiel compañera durante su existencia del gran poeta Manuel Machado, tan ligado a esta Institución Fernán González. La ilustre dama a la muerte de su esposo y antes de ingresar en religión, donó todos los libros de su difunto esposo, cartas y demás objetos artísticos, en propiedad a la Diputación Provincial de Burgos, que nos los retransmitió para su organización, guarda, custodia y exhibición al público.

Que Dios haya acogido en su seno a tan noble y virtuosa dama (q. e. p. d.).

* * *

En el certamen convocado para rememorar el Milenario de la Ciudad de Salas de los Infantes, el jurado calificador ha otorgado, por unanimidad, el Premio de Honor, a nuestro querido amigo y compañero de Academia, don Rafael Núñez Rosáenz.

Cordial y merecida enhorabuena por tan honroso como destacado premio.

I. G.ª R.

INSTITUCION FERNAN - GONZALEZ

ACADEMIA BURGENSE DE HISTORIA Y BELLAS ARTES

Presidente - Patrono: Excmo. Sr. D. Pedro Carazo Carnicero, Presidente de la Excma. Diputación Provincial.

Director: Iltmo. Sr. D. Ismael García Rámila.

Vice-Director: Iltmo. Sr. D. Ernesto Ruiz González de Linares.

Secretario perpetuo: Iltmo. Sr. D. Pedro Sanz Abad.

Censor: Ilmo. Sr. D. Julián Lizondo Gascueña.

Tesorero: Iltmo Sr D. Federico Diez de la Lastra.

Bibliotecario: Ilmo. Sr. D. Bonifacio Zamora Usábel.

Académicos Numerarios: Ilmos. Sres. D. Luis Martínez y Martínez, don Luis Belzunegui Arruti, D. José María Codón Fernández, M. I. Señor D. Manuel Ayala López, Ilmo Sr D. Maximiliano Gutiérrez Moral, M. I. Sr. D. Nicolás López Martínez, Iltmos. Sres. D. Julio Gonzalo Soto, D. Próspero García Gallardo, D Ignacio López Sáiz, D. Rigoberto González Arce, D. José Luis Reoyo Díez, D. Casto Pérez de Arévalo, D. Buenaventura Díez y Díez, Reverendo Padre Valentín de la Cruz, O. C D., Excmo. Sr. D. Pedro Carazo Carnicero, Ilmo. Sr. D. Rafael Núñez Rosáenz e Ilmo. Sr. D. Marcos Rico Santamaría.

Académico Numerario electo: D José Luis Uríbarri Angulo.

Académicos honorarios: Excmos. Sres. D. Antonio M.ª de Oriol y Urquijo, D. Alejandro Rodríguez de Valcárcel Nebreda, D. Fernando Herrero Tejedor, D. Servando Fernández-Victorio y Camps, D. Francisco Ruiz Jarabo, D Julio de la Puente Careaga, Sr. Alcalde-Presidente del Excmo. Ayuntamiento de Burgos, Ilmo. y Rvdmo. P. Justo Pérez de Urbel, Excmos Sres. D. Francisco Cantera Burgos, D. Gerardo Diego Cendoya, D. Gratiniano Nieto Gallo, D. Pedro Palol Salellas, D. Demetrio Mansilla Reoyo, D. Juan Ruiz Peña, D. Julio Lago Alonso, Excmo. Sr. D. Conrado Blanco Plaza, Mr André Nougué, Ilmo. Sr. D. José M.ª Sánchez Diana, Excmo. Sr. D. Luis Cortés Echánove, Excmos. Sres. D Luis Suárez Fernández y D. Alberto del Castillo, D. Manuel Basas Fernández, D. Luis Cervera Vera, D. Félix Pérez y Pérez, D. Juan Manuel Reol Tejada, D. José Crisanto López Jiménez, Excmo. Sr. D Federico de Mendizábal y García-Lavín, Excmo. Sr D. Luis Morales Oliver, Ilmo. Sr. D. Lázaro de Castro García, D. Rafael Mendizábal y Allende y D. Antonio Gómez Reino.